

9786

Feb. 18/86.

Feb-75

# EL TEATRO.

**COLECCION**  
**DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.**

## HERIR EN LA SOMBRA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



*José Rodríguez*  
275

MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.  
1865.

L47 - 5574

# CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antaño.  
Abelardo y Eloísa.  
Abnegación y nobleza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar después de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por senas.  
A falta de pan...  
Artículo por artículo.  
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heróico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barómetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que tierra.  
Cañizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Como se empuñe un marido!  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres políticas.  
Contrastes.  
Catilina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tío.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Dendas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Los artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está local!  
En mangas de camisa.  
El que no cae... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el miriñaque.  
¡Es una malva!  
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.  
El onceno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un angel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afán de tener novio.  
El Juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, o el hijo de las

jarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada día.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes.  
El ciego.  
El protegido de las nubes.  
El marqués y el marquésito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español á las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.  
¡El autor! ¡El autor!  
El enemigo en casa.  
Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huéspedea.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Medicis.  
Ilusiones de la vida.  
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin Pena.  
Jorge el artesano  
Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Ch...  
Lo mejor de los da...  
Los dos sargentos...  
Los dos inseparabl...  
La pesadilla de un...  
La hija del rey Rem...  
Los extremos.  
Los dedos huéspedea...  
Los éxtasis.  
La posdata de una c...  
La mosquita muert...  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapato...  
Los quid pro quos.  
La Torre de Lond...  
Los amantes...  
La...

La... con Fe...  
Las flores de Don J...  
Las aparrencias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuori...  
La bolsa y el bolsill...  
La libertad de Flore...  
La Archiduguesita.  
La escuela de los an...  
La escuela de los pe...  
La escala del poder...  
Las cuatro estacion...  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las hermanas de la...  
La ninfa iris.  
La dicha en el bien...  
La mujer del puebl...  
Las bodas de Cama...  
La cruz del mister...  
Los pobres de Mad...  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castell...  
La calle de la Mont...  
Los pecados de los p...  
Los infieles.  
Los moros del Riff.  
La segunda cenicienta...  
La peor cuña.  
La choza del almadr...  
Los patriotas.  
Los lazos del victo...  
Los molinos de vien...  
La agenda de Corre...  
La cruz de oro.  
La caja del regimie...  
Las sisas de mi mu...  
Lluven hijos.  
Las dos madres.

Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbarano.

447-5574-

ALERIA

HERIR EN LA SOMBRA

antes de Ch  
de los da  
argentos  
nseparabl  
lla de un  
el rey Rem  
mos.  
s huésped  
s.  
e de una c  
ita muert  
obia.  
del zapato  
oro quos.  
de Londr  
es

Hasta

HERIR EN LA SOMBRA.

de San Fe  
de Don J  
encias.  
as civiles.  
lo amor.  
los.  
mortuori  
el bolsill  
d de Flore  
uquesita.  
a de los an  
de los pe  
del poder  
o estacion  
encia.  
anqueros.  
anas de la  
ris.  
n el bien  
del puebl  
de Cama  
el mister  
s de Mad  
exótica.  
es.  
n África.  
cinas.  
filosofal.  
de Castill  
e la Mont  
os de los p  
s.  
del Riff.  
a encien  
na.  
el almadr  
tas.  
el vicio.  
os de vien  
de Corre  
oro.  
l regimie  
de mi muj  
ijos.  
adres.

sobrina.  
bano.

REVUE DE LA

REVUE DE LA

Le premier volume de la revue de la

Le second volume de la revue de la

Le troisième volume de la revue de la

Le quatrième volume de la revue de la

Le cinquième volume de la revue de la

Le sixième volume de la revue de la

Le septième volume de la revue de la

Le huitième volume de la revue de la

Le neuvième volume de la revue de la

Le dixième volume de la revue de la

Le onzième volume de la revue de la

Le douzième volume de la revue de la

Le treizième volume de la revue de la

Le quatorzième volume de la revue de la

Le quinzième volume de la revue de la

Le seizième volume de la revue de la

Le dix-septième volume de la revue de la

Le dix-huitième volume de la revue de la

Le dix-neuvième volume de la revue de la

Le vingtième volume de la revue de la

Le vingt-et-unième volume de la revue de la

55-6

# HERIR EN LA SOMBRA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

## DON ANTONIO HURTADO

Y

### DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Estrenado en el teatro del Circo la noche del 15 de Marzo  
de 1866.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 48.  
1866.

PERSONAJES. ACTORES.

DOÑA JUANA COELLO... DOÑA MATILDE DIEZ.  
PRINCESA DE ÉBOLI.... DOÑA ADELAIDA ALVAREZ.  
GREGORIA..... DOÑA EMILIA SANZ.  
ANTONIO PEREZ..... DON MANUEL CATALINA.  
DON RODRIGO VAZQUEZ. DON FRANCISCO OLTRA.  
DIEGO VAZQUEZ..... DON MANUEL PASTRANA.

La escena es en Madrid en el reinado de Felipe II.

---

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galeria dramática y lirica titulado EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

---

## ACTO PRIMERO.

Gabinete de Antonio Perez en forma ochavada: puerta al fondo que comunica por un lado con las habitaciones interiores; por otro con la entrada á la calle: á la derecha del actor, en primer término, una papelera de la época; en segundo, una puerta secreta; enfrente, al lado opuesto, en primer término, un balcón: en segundo, puerta secreta que conduce á la calle. Movilario fastuoso de la época y del gusto italiano. Estátuas, jarrones, mesas adornadas de relojes, y grandes candelabros con luces.

### ESCENA PRIMERA.

ANTONIO PEREZ, de pie detrás del sillón en que escribe DIEGO VAZQUEZ, á quien parece estar dictando.

ANTONIO. «Por tales razones juzgo  
»que en este grave suceso,  
»es preciso poner mano  
»con gran prudencia y acierto.  
»El papa ayuda; el de Orange  
»le presta su valimiento;  
»don Juan allá se impacienta»

»y aqui se irrita Escobedo.  
»Lo mejor en este caso  
»es negarse al casamiento,  
»llamar á España á don Juan  
»y anular al consejero.»

DIEGO. Perdonad si en este asunto  
(Dejando de escribir.)  
á dar mi opinion me atrevo.

ANTONIO. Hablad.

DIEGO. La nota del rey (Mostrándose la.)  
viene terminante, y creo  
que en este negocio pide  
resolucion, no consejos.  
Dice el rey:—«Lo de mi hermano  
despachad.»—Claro contesto  
que exige que á realidades  
se levanten sus deseos.

ANTONIO. ¿Presumis que el rey aprueba  
de Roma el raro proyecto?

DIEGO. Claro está: dueño don Juan  
de Isabel, dueño del cetro  
de Inglaterra, ¿quién puede  
sujetar de España el vuelo?  
Dar á don Juan ese trono  
es dar y quitar á un tiempo  
á la fé seguridades  
y á los reformistas medios.  
De Lutero la doctrina  
amenaza ser incendio;  
solo quien venció en Lepanto  
puede triunfar de Lutero.  
Con tal enlace se logran  
ventajas de inmenso precio;  
pues si yo no me equivo co,  
presumo que alcanza en esto  
un nuevo reino el monarca,  
España mas valimiento,  
mayor dominio la Iglesia,  
paz el mundo, y gloria el cielo.

ANTONIO. Eso es mirar el asunto  
por su lado mas risueño:  
no es extraño, sois muy jóven

y á mas generoso y bueno.  
Fuerza es tener mas aplomo  
y mas intencion, don Diego,  
que los negocios de Estado  
se han de tratar con mas peso.

Don Juan quiere esa corona,  
el papa ayuda su intento,  
¿quién sabe si ambos anhelan  
romper con nuestros respetos?

Escobedo pide el Mogro,  
ese castillo soberbio  
que en Santander atalaya  
es la llave de estos reinos.

¿No fuera necia locura  
ceder á su vivo anhelo,  
siendo el Mogro otra Tarifa  
sin ser él Guzman el Bueno?

¡Rey don Juan de Inglaterra!

¡Del Mogro Escobedo dueño!

¿Quién sabe lo que se oculta  
detrás de tal pensamiento?

DIEGO. Perdonad si al advertiros  
he sido arrogante y necio,  
que fué atreverse al gigante  
la pequeñez del pigmeo.

ANTONIO. Ved lo que falta al despacho.

DIEGO. ¡Faltan los dos nombramientos  
de alféreces!

ANTONIO. ¡Por mi vida  
que tiene el rey bravo empeño!...  
¡Antonio Enriquez!... ¡Juan Rubio!...  
¡Un pinche y un camarero!  
¿Á qué servicios se deben  
tamaños encumbramientos?  
Poned al margen .. «negado.»

DIEGO. Ved que es del rey el decreto.

ANTONIO. No importa, haced lo que os digo,  
que esto ha de ser.

DIEGO. (Escribiendo.) Ya está puesto.

ANTONIO. Extender esos despachos  
fuera deshonrar los tercios.

DIEGO. Todo está.

Arstads (Antonio) y Nuñez de  
Arce (D. Gaspar)

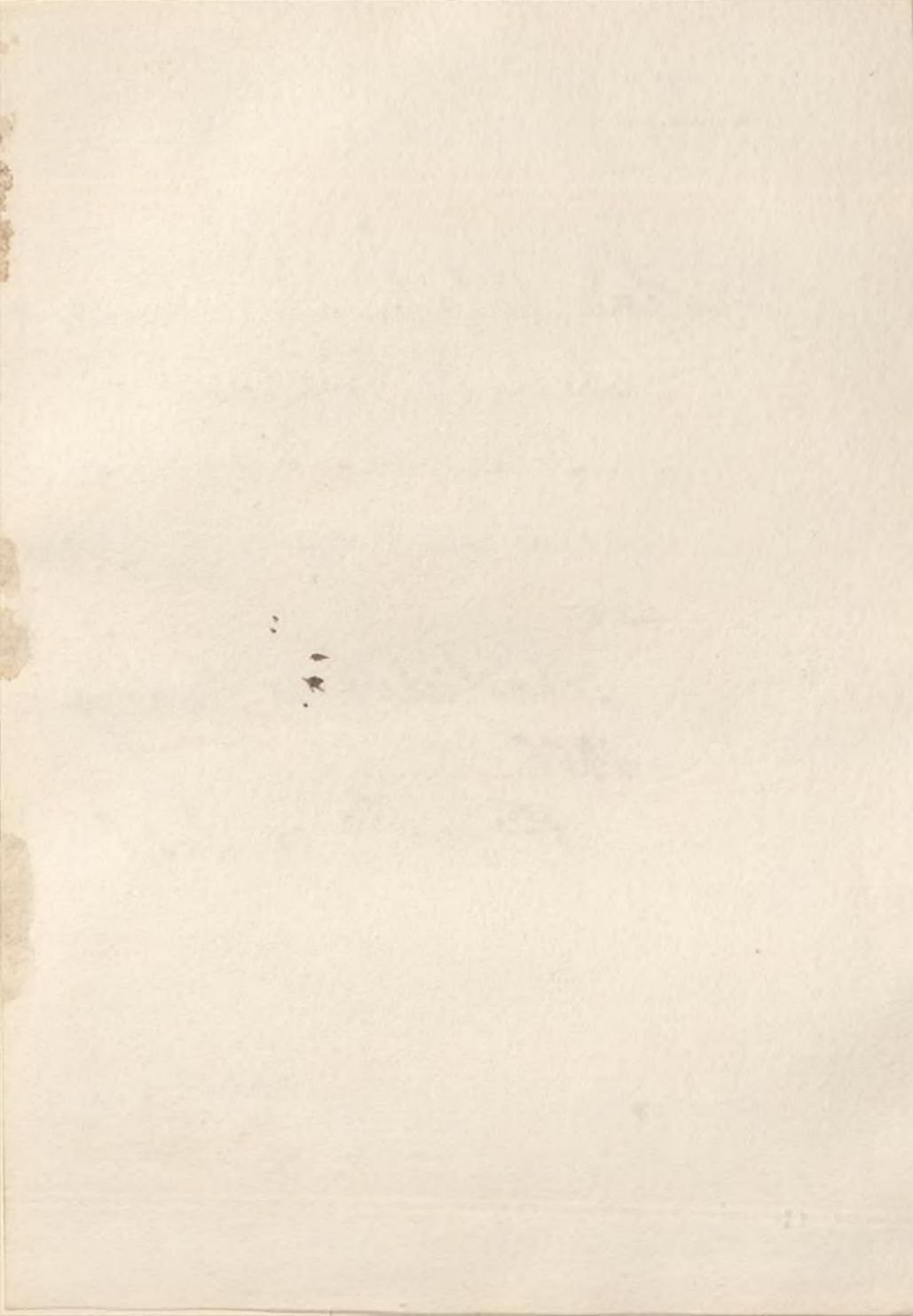
Perú en la sombra. No  
ma en el teatro y en ver  
so

Madrid. José Rodríguez  
1866.

8<sup>o</sup> nula. s. foll

26-b.

~~55-b~~



(Guarda los papeles en una cartera de terciopelo.)  
ANTONIO. Dadme, que es hora (Tomándola.)  
de estar en palacio.

DIEGO. ¿Espero?

ANTONIO. ¡Como gustéis!... ¡Mas quién llega?

DIEGO. (¡El sol que me tiene ciego!)

(Viendo salir á Gregoria.)

## ESCENA II.

DICHOS, GREGORIA.

GREG. ¿Salís, padre?

ANTONIO. El rey espera.

GREG. Mi madre os pide un momento  
para hablar con vos á solas.

ANTONIO. Ya ves que llega á mal tiempo  
su embajada; el rey aguarda,  
y hacerle esperar no debo.

GREG. Dice que es urgente hablaros  
antes que salgais...

ANTONIO. Sospecho  
que hoy dure poco el despacho;  
dila que muy pronto vuelvo,  
y que entonces podrá hablarme  
cuanto quiera... ¿mas qué es esto?

## ESCENA III.

DICHOS. Un Criado presentando una carta sobre una bandeja de  
plata.

ANTONIO. ¡Billete de la Princesa!... (Tomándola.)

¡Á estas horas!... abro y leo:

«Venid al momento á verme

»que mucho que hablaros tengo:

»ved que á mí me va la honra,

»y á vos la vida en saberlo.

»Si no venís, encubierta

»iré yo esta noche á veros:

»mandadme al punto la llave

»del postiguillo secreto.»

(Se queda pensativo un momento.)

¡Llamarme con tal urgencia!

Sin duda el negocio es serio,

cuando á venir se resuelve

si no acudo al llamamiento.)

Don Diego Vazquez, quedaos!...

Partid vos... (Al criado, que se vá.)

DIEGO. (Inclinándose) ¡Todo soy vuestro!

#### ESCENA IV.

DICHOS, menos el CRIADO.

ANTONIO. (Se sienta y escribe.)

«Voy ahora mismo á palacio,

»mandar la llave no puedo,

»que tengo aquí quien me observa

»y fuera infundir recelos.

»Venid dentro de una hora,

»y llamad, que por muy quedo

»que llameis, si estoy de vuelta,

»que habrá quien oiga os prometo.»

(La cierra, la sella y se levanta.)

Vazquez, llevad esa carta

á la Princesa, y os ruego

que solo en su mano propia

la entregueis: mirad que en ello

al par que de confianza

os doy pruebas de mi afecto.

DIEGO. Harto me honrais.

GREG. (Á su padre.) ¿Volveis pronto?

ANTONIO. Tal presumo. ¿Qué es aquesto?

(Saliendo.)

con misterios la Princesa,

y mi esposa con misterios?...

¡Rara coincidencia es esta!

¿Qué ocurrirá? .. Ya veremos. (Sale.)

ESCENA V.

GREGORIA, DIEGO VAZQUEZ.

DIEGO. ¡Gracias á Dios!

GREG. Perdonad,

(En ademán de salir.)  
mi madre espera.

DIEGO. Un momento,

(Deteniéndola.)  
que tan duro alejamiento  
pecando está en impiedad.

Tres días há que mis ojos  
no gozan de tanto bien:  
si esto no arguye desden  
revela al menos enojos.  
¿Qué teneis?...

GREG.

Tengo temor  
á mi madre, pues sospecho  
que ha sorprendido en mi pecho  
el secreto de este amor.

Grave, silenciosa, fria,  
sin exhalar una queja,  
de noche apenas me deja,  
me deja apenas de dia.

Si aqui vengo, viene aqui,  
y tanto y tanto recela,  
que en todas partes me cela  
sin apartarse de mí.

Cuando callada la miro  
ella callando me mira,  
y tristemente suspira,  
si tristemente suspiro.

Yo no sé ya qué valor  
dar á estas muestras que veo,  
que en su frente á un tiempo leo  
la esperanza y el dolor.

Tal vez en mi amor se goza,  
quizás tambien lo condena:  
pero callad... ahora suena  
el rumor de la carroza

de mi padre... (vá á salir.)  
DIEGÓ. ¡Oid!...  
GREG. Despues  
os veré...  
DIEGO. ¡Miedo cobarde!...  
Decidme al menos...  
GREG. (Retrocediendo ) Ya es tarde.  
DIEGO. ¿Cómo?...  
GREG. ¡Silencio! ¡Ella es!...

## ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA JUANA.

JUANA. (Despues de mirar en silencio á uno y otro, que aparecen embarazados ante su actitud recelosa, se dirige á su hija.) ¿Partió tu padre?  
GREG. Partió.  
JUANA. ¿Y sabiendo mi cuidado (Con dureza )  
cómo asi te has olvidado  
que dentro esperaba yo?  
GREG. Madre, ved que hablando asi (Añigida.)  
me ofendeis.  
DIEGO. Señora!... infiero... (Ofendido.)  
que esa queja...  
JUANA. (Con frialdad.) ¡Caballero!...  
¿quién habla con vos aqui?  
DIEGO. Desden ó desconfianza  
muestra esa faz que me hiela,  
y bien claro me revela,  
que á mí la queja me alcanza.  
JUANA. A nadie de mis acciones  
cuentas que dar tengo aqui,  
que cedo al obrar asi  
á poderosas razones.  
DIEGO. ¡Harto ese enojo me expresa!  
Permitidme retirar... (Ofendido.)  
JUANA. Quedaos.  
(Suavizando la voz al ver á su hija llorar.)  
DIEGO. Tengo que dar  
(Saludando con frialdad.)  
un mensaje á la Princesa.

JUANA. ¿Vais á la Princesa á ver? (Alterada.)  
DIEGO. Debo llenar un encargo.  
JUANA. ¿Carta? (Dejando adivinar sus celos.)  
DIEGO. Sí.  
JUANA. ¡Teneis buen cargo!  
(Conteniéndose.)  
Id, no os quiero detener.  
DIEGO. ¡Vuestro soy!  
JUANA. (¡La ira me abrasa!...)  
DIEGO. (¿Qué es lo que sucede aqui?...)  
(Saliendo.)  
GREG. ¡Se marcha!... ¡Triste de mí!...  
JUANA. ¡Buena está, por Dios, mi casa!

### ESCENA VII.

DOÑA JUANA, GREGORIA.

JUANA. ¿Por qué lloras?... ese llanto  
me irrita al par que me ofende,  
que con él me estás probando  
que mis sospechas no mienten.  
¿Amas á don Diego?  
GREG. ¡Ay, madre!...  
¿Por qué negarlo? Ha tres meses  
que amor me juran sus labios  
y amor mi pecho le vuelve.  
JUANA. Sin consultarme ese afecto...  
GREG. ¿Juzgais que no lo merece?...  
¿no es hidalgo y bien nacido?  
¿no es honrado? ¿En él no tiene  
mi padre puestos los ojos,  
pues así le alaba siempre?  
JUANA. ¡Tu padre!... tu padre es ciego;  
ciego está cuando no advierte  
que abriga en su propia casa  
quien quizá venderlo quiere.  
GREG. ¡Madre!...  
JUANA. Yo sé lo que digo,  
que á voces me lo previene  
no sé qué genio sombrío  
que en mi pecho se revuelve.

- Rodrigo Vazquez, su padre,  
por nuestro amigo se vende,  
y oculta tras de su afecto  
la intencion de la serpiente.  
De su ambicion instrumento  
aqui á don Diego mantiene,  
y en él tu padre se fia,  
sin ver lo que en ello pierde.
- GREG. ¡Madre, injurias á don Diego!
- JUANA. ¿Tal presumes?... ¡inocente!  
¿Por qué, si te quiere tanto,  
tu mano á pedir no viene?  
¿Es mas ilustre su alcurnia  
que la nuestra? ¿Qué pretende  
quien entra asi en nuestra casa  
y á escondidas te requiere?  
Mientras con vanas lisonjas  
quizá á tu padre adormece,  
y á tí señuelos te pone  
y lazos de amor te tiende,  
cuantos secretos de Estado  
servir á tu padre pueden,  
otros tantos le revela  
con aspiracion aleve.
- GREG. Quien asi juzga á don Diego,  
le ofende, madre, le ofende,  
que la lealtad de su pecho  
bien se retrata en su frente.
- JUANA. ¿Qué entiendes tú de lealtades?  
¿Qué de lealtades entiendes?  
Hija, los hombres de Estado  
esa virtud no comprenden,  
te lo digo yo, la esposa,  
la esposa de Antonio Perez.  
Subir, lograr la privanza,  
la privanza de los reyes,  
dominar á toda costa  
y en el poder mantenerse;  
ese es el único afecto  
que los impulsa y los mueve.  
¿Hay obstáculos? ¡se rompen!  
¿Hay enemigos? ¡se vencen!

¿Hay deberes que se opongan?  
se matan esos deberes.  
Amistad, amor, familia,  
si al poder llevan, se atienden;  
si no aprovechan, se anulan  
y en pavesas se convierten.  
Que á veces, — fuerza es decirlo,  
por mas que te espante, — á veces,  
si un crimen se necesita  
hasta el crimen se comete.

- GREG. ¡Ay, madre!... me estais matando;  
dejad al menos que piense  
que el corazon de don Diego  
tales ruindades no siente.
- JUANA. Hija, pues duda tu madre,  
dudar con su duda debes;  
mas silencio, alguien se acerca.
- GREG. (Ap.) ¡Dios mió!... ¿qué me sucede?  
¿será cierto que me engañe  
quien tanta dicha me ofrece?

### ESCENA VIII.

DICHAS, RODRIGO VAZQUEZ.

- RODRIGO. ¡Oh!... ¡vos aqui!...
- JUANA. (Con disgusto.) ¡Don Rodrigo!
- RODRIGO. ¡Guárdeos Dios!
- JUANA. (Con severidad.) ¡El cielo os guarde!...
- RODRIGO. ¡Pródiga en dichas la tarde  
se está mostrando conmigo!
- JUANA. (Atajándole.)  
¡Oh!... ¡lisonjas suprimid!
- RODRIGO. Si os ofendeis, en buen hora. —  
Mas ¿dónde vivis, señora,  
que no se os ve por Madrid?  
Ausente os llora el paseo  
que ya no admira ese porte;  
tampoco vais á la córte  
ni acudis al coliseo.  
Y clausura tan sin tasa  
pienso que peca en rigor.

- JUANA. La mujer que tiene honor  
solo está bien en su casa.
- RODRIGO. Yo apruebo el sentir profundo  
que á obrar de tal modo os mueve;  
mas quien es cual vos, se debe  
algo al aplauso del mundo.  
Pues es condicion tan dura  
la suya, y tal se previene,  
que cuando aplausos no tiene  
forja cuentos y murmura!
- JUANA. De quien huye su rüido,  
¿qué podrá decir? ¡por Dios!
- RODRIGO. Si no murmura de vos,  
lo hará de vuestro marido.  
Es grande, tiene poder,  
todo la envidia lo empaña;  
y como nunca acompaña  
en público á su mujer,  
con torpe intencion aviesa,  
tal vez no falte quien diga  
que á tal conducta le obliga  
el amor de una princesa!
- JUANA. ¡De una... princesa!  
(Como herida de celos y ira.)
- RODRIGO. Si tal;  
que cuando el vulgo disfama,  
siempre se fija en la dama  
que es mas bella y principal.  
Y aunque patente y notoria  
del vulgo esté la injusticia,  
siembra infamias la malicia  
que al fin recoge la historia.
- JUANA. Vete. (Á su hija.)
- RODRIGO. ¿Su bella presencia  
me robais? ¡Eso es aleví!...
- JUANA. Vete. (La dá un beso, y al verla salir dice ap.)  
Hay cosas que no debe  
aun sospechar la inocencia.

ESCENA IX.

DOÑA JUANA, D. RODRIGO.

JUANA. Hablad mas claro: decid  
cuanto sepais.

RODRIGO. Eso quiero,

(Con fingido interés.)

que está siendo el mentidero  
escándalo de Madrid.

Pues sitio tan principal  
asiento presta en sus gradas,  
á gentes desocupadas

que hablan mucho y hablan mal.

JUANA. ¿Qué dicen? (Con ansiedad.)

RODRIGO. ¡Famoso enredo!

han fraguado, ¡vive Dios!...

que andais en él, Perez, vos,

la de Éboli y Escobedo.

Dicen los murmuradores

que allí Escobedo irritado,

á no sé quien ha contado

la historia de unos amores,

que dándola por de ley

un labio tras otro labio,

va pregonando el agravio

que se os hace á vos y al rey.

JUANA. ¡Oh!... (Conteniendo su indignacion.)

RODRIGO. Y aun falta lo peor;

pues el vulgo maldiciente

hoy ha extendido inclemente

tan pavoroso rumor,

que da de escucharlo miedo;

pues se refiere y se cuenta

que hay quien esta noche intenta

quitar la vida á Escobedo... ¡ll!

JUANA. ¡Y achacan á Antonio Perez

tal crimen!... (Con ira.)

RODRIGO. Eso imagino:

y añaden que el asesino

á Flandes irá de alferez.

JUANA. ¡Inícuca trama, por Dios!...

¿Quieren perderlo?

RODRIGO. Sin duda;  
mas no podrán si en su ayuda  
salimos aqui los dos.

JUANA. ¿Qué quereis hacer?

RODRIGO. Oid,  
que, por mas que lo sintais,  
es forzoso que sepais  
cuanto se dice en Madrid.

JUANA. Hablad.

RODRIGO. Hará una semana  
que con desdichada suerte,  
sufrió en la plaza la muerte  
una esclava peruana.

De vil envenenadora

la acusó del vulgo el grito;

mas hoy dicen que el delito

fué de otra mano traidora.

Que ignoro el caso confieso;

mas se funda la malicia,

en que anduvo la justicia

muy ligera en el proceso.

La pobre esclava paciente

murió cual cristiana y buena,

que fué al suplicio serena,

gritando:—«muero inocente.»—

JUANA. (Con gran ansiedad.)

¿Y qué? Adivinar no puedo

lo que eso tenga que ver...

RODRIGO. Escuchad: esa mujer

era esclava de Escobedo.

Á su cocina atendia

cuando el crimen se intentó,

y Antonio Perez comió

con Escobedo aquel dia.

JUANA. Y argumento de tal ley

puede... (Indignada.)

RODRIGO. Permitid que acabe:

Ya claramente se sabe

que un pinche, indigno del Rey,

fué por vuestro esposo Perez

á Escobedo encomendado;  
y hoy se cuenta que nombrado  
va á ser ese pinche alfez.

Y al verle encumbrar así,  
dice el popular jüicio:

—¿qué misterioso servicio  
se quiere premiar aquí?—

El pinche asistió á la mesa  
aquel dia, y prueba el dolo  
el que en Escobedo solo  
hiciera el tósigo presa.

¿Es mucho que asi condenen  
á Perez tales razones?

Ved que aquestas conclusiones  
casi respuesta no tienen.

JUANA. ¡Oh!... Delirais!... (Cada vez con mas ira.)

RODRIGO. Perdonad;

es el vulgo quien delira,  
porque á veces la mentira  
tiene visos de verdad.

En lazos de mala ley  
se juzga á Perez sujeto;  
sabe Escobedo el secreto,  
por él llegar puede al rey,  
y en esta ansiedad cruel  
cuya pesadumbre abrumba,  
no es mucho que se presuma  
que acabar quieren con él.

JUANA. (Desesperada.) Esto es infame, ¡gran Dios!

RODRIGO. Pretexto al vulgo da Perez,  
que ayer se habló de un alfez  
y hoy se cuenta que son dos.

Y al saberlo, en son fatal  
dice el vulgo de ira lleno:

«Lo que no logró el veneno  
»podrá lograrlo el puñal.»

JUANA. Yo ahogaré esos pensamientos  
del vulgo .. (Con energia.)

RODRIGO. No hallareis modo,  
si no impedis ante todo  
tan indignos nombramientos.

JUANA. ¡Lo haré! (Con exaltada resolucion.)

RODRIGO. ¡Imposible será!...

JUANA. ¿Por qué? (Ofendida.)

RODRIGO. Decirlo me pesa:

entre vos y la Princesa

resuelta la lucha está.

Vos perdereis...

JUANA. ¡Podrá ser!...

(Con ira contenida.)

mas no hablemos mas en ello;

que soy doña Juana Coello

y soy de Perez mujer.

## ESCENA X.

RODRIGO con satisfaccion.

La herida lleva en el alma,

que harto claro lo revelan

la dureza de su gesto

y de su voz la dureza.—

La semilla de los celos

es semilla que aprovecha,

que ofrece fruta abundante

á quien usar sabe de ella.—

¡Gran cosecha de disgustos

promete la que aqui queda,

y mas si los nombramientos

á efecto al fin no se llevan!

En ello verá el monarca

un acto de resistencia

que probará del privado

la arrogancia y la soberbia.

(Pausa.)

Juan Rubio y Antonio Enriquez

sus nombramientos esperan;

(Pensativo.)

pues que llegué á persuadirlos

que en Escobedo se estrellan

sus esperanzas, presumo

que han muerto con una piedra

la pretension de Escobedo,

y de Perez la influencia.—  
¡Escobedo!... ¡Dios le ayude!...  
¿quién le ha metido en la empresa  
de querer para don Juan  
la corona de Inglaterra?  
¡Y es además muy osado!...  
¡Y luego tiene una lengua! ..

(Con marcada intencion.)

Si le matan esta noche  
como la plebe recela,  
todos verán en su muerte  
la mano de la Princesa...

¿Quién cuenta en el mentidero  
historias que al honor llegan?

(Con hipócrita sentimiento.)

¡Lo malo será que el rey,  
que sabe lo que se cuenta,  
podrá ver en esa muerte  
de sus traiciones la prueba!

(Con fruicion.)

Y entonces... ¡pobre de Perez!...  
¡Pobres de los dos!... que es fuerza  
que en ambos el rey se vengue  
en proporción de su afrenta.

(Como saboreando su triunfo.)

¡Oh!... ¡Y entonces Diego Vazquez  
será justo que suceda  
á su maestro!...—¡Él de Estado!  
¡Yo presidente de Hacienda!...  
¡dueños del rey!... ¡de la Europa!...  
casi de toda la tierra.

¡Qué necio hiciera en mi caso,  
caso estrecho de conciencia!...  
La conciencia no hace falta,  
lo que hace falta es cabeza...

## ESCENA XI.

D. RODRIGO, DIEGO.

RODRIGO. ¡Hola!... ¿eres tú? (Viendo á su hijo.)

- DIEGO. ¡Padre mio!...
- RODRIGO. Por Dios, que el verte me alegra.
- DIEGO. ¿Vos aquí?
- RODRIGO. ¡Si!... ¿mas qué tienes?  
Pálido estás, ¿qué te altera?
- DIEGO. De cumplir vengo un mensaje  
de casa de la Princesa.
- RODRIGO. (¡Hola!...) (Ap. con satisfacción.)
- DIEGO. ¡Y vuelvo á despedirme  
de Perez!...
- RODRIGO. ¿Sin mi licencia?  
¿Qué lo motiva?
- DIEGO. Su esposa  
no sé de mí qué recela,  
y esos recelos me ofenden,  
y quien me ofende me afrenta.
- RODRIGO. ¡Vive Dios!... ¿quién hace caso  
de mujeriles sospechas?
- DIEGO. Es que...
- RODRIGO. Ya hablaremos, eso  
cuando tiempo de hablar sea.  
¿Y Perez?
- DIEGO. Salió á palacio...
- RODRIGO. ¿Sabes si á la firma lleva  
los nombramientos de alféreces  
que el rey pidió?
- DIEGO. No: se niega  
á extenderlos!...
- RODRIGO. (Fingiéndose temor.) ¿Está loco?  
¡Resistirse á una exigencia  
del rey!... ¡ya lo sospechaba!...
- DIEGO. ¿Temeis?... (Alarmado)
- RODRIGO. ¡Su favor le ciega!...  
¡Iré á palacio!... es preciso  
que yo ahuyente la tormenta  
que le aguarda...
- DIEGO. ¿Qué decis? (Asombrado.)
- RODRIGO. ¿No hay una puerta secreta  
por aquí?
- DIEGO. ¿Qué pretendéis?
- RODRIGO. Fuerza es que nadie me vea.
- DIEGO. Yo os haré salir.

(Busca la llave en la papelería.)

RODRIGO. No hay duda.

El diablo ayuda mi empresa!

¡Á la Princesa un mensaje!

(Coordinando las ideas.)

¡Luego es posible que venga

en alas de los temores,

que la oprimen y la cercan!...

De oculto el rey en San Justo

lleno de celos me espera;

si entrar la ve en esta casa

¿quién su cólera refrena?

Escobedo va esta noche

á ver por la vez postrera

á la princesa.—Juan Rubio

y Antonio Enriquez le acechan,

guarecidos en las sombras

muy cerca de la Almudena.

—Cuando sepan que Escobedo

es el dique en que se estrellan

¿qué han de hacer?... mañana el vulgo

reunirá estas coincidencias

y... (Frotándose las manos con satisfacción.)

DIEGO. Salid. (Abriendo la puerta.)

RODRIGO. Si vuelve Perez

antes que yo, no le adviertas

nada que temor le inspire.—

Vuelvo pronto.

DIEGO. Bien.

RODRIGO. (Con intención.) Y observa

cuanto ocurra en esta noche,

que acaso cosas sucedan

que te allanen el camino

para mas altas esferas.

(Sale y cierra Diego.)

ESCENA XII.

DIEGO.

¿Qué querrá decir mi padre  
con tan oscura advertencia?  
¿Qué sucesos se preparan  
que influjo en mí tener puedan?  
¡Siempre envuelto en el misterio!...  
¡Siempre envuelto en las tinieblas!...  
¿Quién penetra en el abismo  
en que guarda sus ideas!  
Ello dirá... ¿mas qué oigo?  
¿Ya el secretario de vuelta?  
¡Pronto terminó el despacho!...  
¡Cosa de extrañar es esta!

ESCENA XIII.

DIEGO, ANTONIO PEREZ.

ANTONIO. ¡Hola!... ¿aquí vos todavía?

DIEGO. Esperaba á daros nuevas  
de mi mensaje.

ANTONIO. (Dejando la cartera sobre la mesa.)  
¿La visteis?...

DIEGO. ¿Qué dijo?  
Leyó risueña  
vuestra carta, y presurosa  
escribió y dióme estas letras.  
(Le da un billete.)

ANTONIO. («Iré, esperadme.») Está bien:  
breve y clara es la respuesta.

DIEGO. ¿Quereis mas?

ANTONIO. Nada. Escuchadme,  
(Asaltado de un recuerdo.)  
y perdonad que os detenga.  
Á mi vuelta de palacio,  
he visto que en la calleja  
cercana á Santa Maria,  
hay dos bultos que se velan

en las sombras, y sospecho  
que algun asalto proyectan.  
Buscad al paso una ronda  
y que vigile de cerca  
aquel sitio.

DIEGO. Bien.

ANTONIO. (Ap.) Asi  
alejo á quien pueda verla,  
y no hallará en su camino  
mirada alguna indiscreta.

DIEGO. Guárdeos Dios. (Inclinándose para salir.)

ANTONIO. Hasta mañana.

(Distraido le despide.)

DIEGO. (¿Por qué tan inquieto queda?) (Saliendo.)

#### ESCENA XIV.

ANTONIO PEREZ, pensativo.

¡No haberme el rey recibido!...  
¡Cosa es esta que me extraña!...  
¡Dice que reza... y me engaña!  
que alguien sabe que ha salido.  
¿Qué misteriosa razon  
á tal sigilo le mueve?...  
¡Dios lo sabel... ¿Quién se atreve  
á penetrar su intencion?  
El que en su genio sombrío  
busca el móvil que le alienta,  
es como el loco que intenta  
navegar por el vacío;  
que en la vasta inmensidad  
que en el cielo se termina,  
solo el ánima adivina  
aire, calma y soledad. (Pausa.)  
¿Será que mi clara estrella  
pierda su lumbre? No sé:  
¡Extrañas sombras noté  
cuando anoche estudié en ella!...  
¿Qué nueva constelacion  
á su lado se levanta,  
que asi me asusta y me espanta

fascinando mi razon?  
¿Será el astro de Escobedo?  
¿Será quizá que me venza?  
¡Eh!... no mas, que me avergüenza  
verme luchar con el miedo.

### ESCENA XV.

ANTONIO, DOÑA JUANA.

JUANA. ¡Perez!...

ANTONIO. (Viendo á su esposa.)

(Me olvidé, por Dios,  
que hablar pretendió conmigo.)

JUANA. (Con señales de enojo.)

Gracias que al cabo consigo  
hablar á solas con vos.

ANTONIO. ¿Qué asunto de tal cuidado (Con interés )  
turba asi vuestro reposo?

JUANA. Toca el asunto al esposo, (Con intencion.)  
y al par al hombre de Estado.

ANTONIO. ¿Qué decis? (Asombrado.)

JUANA.

¿Tanto el amor  
de la Princesa os pervierte, (Con desden )  
que ni el deber os advierte  
ni os advierte mi dolor?

ANTONIO. ¡Señora!... con tal lenguaje  
que de cólera me inflama,  
ofensa haceis á esa dama,  
y á mí me haceis un ultraje.  
¿Qué fundamento ó razon,  
qué demostracion y prueba  
tan desatentada os lleva  
á tan doble acusacion?...

JUANA. No pidais, torpe, á mis labios  
razon de esa inteligencia;  
pedidla á vuestra conciencia,  
que es fiscal de mis agravios.  
¿No basta el desden profundo  
con que me tratais, por Dios?  
¿Tan poco pueden en vos

ya los respetos del mundo?  
Tanto en vos han influido  
esos livianos antojos,  
que han cegado vuestros ojos  
y han cegado vuestro oído?

Si resignada sufrí  
vuestro indigno alejamiento,  
hoy pongo á mi sufrimiento  
remate y término aquí.

Que en asuntos tan prolijos,  
señor, enredado os veo,  
que hartas desdichas preveo  
para vos y vuestros hijos.

Yo soy madre, esposa soy,  
tengo amor, temores tengo,  
y á deciros, Perez, vengo  
cuanto he callado hasta hoy.

ANTONIO. Hablad! .. hablad!... pues confieso...

¡ved si es firme mi razón!  
que me causa admiración  
no haber ya perdido el seso.

¿Qué propala ese rumor  
indigno y de mala ley?...

JUANA. Que ingrato faltáis al rey,  
que ingrato burláis mi amor.

ANTONIO. ¿Y qué más?

JUANA. Dice que presa  
de esa pasión que os fascina,  
á un gran crimen os inclina  
la mano de la Princesa.

ANTONIO. ¿Cuál es?

JUANA. Decirlo no puedo.

ANTONIO. ¡Me irrita tanto reproche!  
Hablad.

JUANA. Dicen que esta noche  
quereis matar á Escobedo.

ANTONIO. ¿Por qué razón?... (Indignado.)

JUANA. Porque sabe  
el lazo que os encadena,  
y quiere decirlo en pena  
de otro delito más grave.

ANTONIO. ¡Ya mi paciencia se acaba!...

- hablad, que pierdo el juicio.
- JUANA. Se os atribuye el suplicio  
que sufrió su pobre esclava.
- ANTONIO. ¿Su crimen me imputan?  
(Cada vez mas irritado.)
- JUANA. (Con indignacion.) Perez,  
otro fué quien lo intentó,  
y vos lo premiais!...
- ANTONIO. (En el colmo del asombro.) ¡Quién!... ¡yo!...
- JUANA. ¡A un pinche nombráis alfez!...
- ANTONIO. El rey lo pide.
- JUANA. No es esa  
la razon, que bien se infiere  
que si él lo pide es que quiere  
complacer á la Princesa.  
Pues sabiendo que á los dos  
os enlaza un interés,  
dicen que ese asunto es  
de la Princesa y de vos.
- ANTONIO. ¡Mil veces Dios sea loado!...  
(Respirando con satisfaccion.)
- JUANA. ¿Que es ello? (Temerosa.)
- ANTONIO. Esperad... leed.  
(Sacando un papel de la cartera y mostrándolo.)  
¡Memorial del pinche!... ved:  
¿qué dice al márgen?
- JUANA. ¡Negado!  
(Examinándole y exclamando con alegría.)  
¡Ay, Perez!... ¡perdon!... (Abrazándole.)
- ANTONIO. (Con orgullosa satisfaccion.) ¡Así  
se confunde á la malicia!  
¿quien duda de la justicia  
que alienta dentro de mí?  
Si tan infame rumor  
queda á vuestros ojos muerto,  
¿cómo podreis dar por cierto  
el que calumnia mi amor?
- JUANA. ¡Ay, Perez!... (Llorando.)
- ANTONIO. ¿Dudais?...  
(Desprendiéndose de sus brazos.)
- JUANA. ¡Piedad!...  
¡Sírvaos mi pena de excusa!...

- mas de tal falta os acusa  
mi constante soledad.
- ANTONIO. ¡Dios sabe lo que me pesa!...
- JUANA. Así será; pero en tanto  
que yo me deshago en llanto,  
visitais á la Princesa.
- ANTONIO. Razones de Estado son;  
culpád por ello á Escobedo,  
que busca con tanto enredo  
la suya y mi perdicion.  
Si su torpe afan se estrella  
en uestra estrecha alianza,  
¿no ha de abrigar la esperanza  
de imponerse al rey sin ella?  
Que con doble afan traidor  
busca en tan indigna guerra,  
dar un rey á Inglaterra  
y aqui el supremo favor.  
Mirad si al rey he llevado  
el castigo de ese afan.  
(Mostrando otro papel.)
- JUANA. «¡Que vuelva á España don Juan!...  
»Escobedo desterrado.»
- ANTONIO. ¿Ved qué otra prueba mayor  
pudierais pedir ahora?...
- JUANA. ¡Ah! (Abrazándole.)
- ANTONIO. ¿Dudareis, mas, señora,  
de mi lealtad y mi amor?
- JUANA. ¡Cuánto los celos inflaman!...  
¡Cuánto, ay Perez... he sufrido!...  
¡Perdon!...  
(Llaman á la puerta secreta)
- ANTONIO (Contrariado.) ¡Cielos!...
- JUANA. (Sorprendida) ¡Que rüido!...  
¿Ois que á esa puerta llaman?
- ANTONIO. (¡Por Cristo!...)
- JUANA. (Viendo á su marido inquieto.)  
(¿Que es esto?... ¡cielos!)
- ANTONIO. ¡Idos! (Á Doña Juana.)
- JUANA. (¡Esa paidez!...  
¿Por qué estallan otra vez  
mas irritados mis celos?)

- ANTONIO. ¡Idos!... (Suplicante.)  
JUANA. (Irritada.) ¿Que me marche?... No.  
¡Abrid!  
ANTONIO. (¡Mi razon se ofusca!...)  
JUANA. ¿No abris? Sabré quién os busca,  
que soy vuestra esposa yo.  
(Abre quedando medio oculta por la hoja de la  
puerta.)

## ESCENA XVI.

DICHOS, la PRINCESA DE ÉBOLI.

- PRINC. Temblando vengo de miedo,  
que es arriesgada mi empresa.  
ANTONIO. (¿Qué va á pensar?)  
JUANA. (¡La Princesa!)  
(Reconociéndola y cerrando la puerta.)  
PRINC. ¡Gracias que al fin veros puedo!  
ANTONIO. ¡Oh!... ¡Callad!...  
PRINC. (Viendo su zozobra.) ¡Cómo!... ¿qué os pasa?  
¡Ah!... ¡vuestra esposa!... (Descubriéndola.)  
(¡Estoy muerta!  
¿qué creerá?)  
JUANA. (Conteniendo su ira y mirándola fijamente.)  
¡Por mala puerta  
habeis entrado en mi casa!  
PRINC. (Procurando dominar su sorpresa con dignidad.)  
¿Por qué?  
JUANA. (Con severidad.) No os hace favor;  
que por tales cuchitriles,  
penetran solo alguaciles  
ó mujeres sin honor.  
ANTONIO. ¡Juana!...  
PRINC. ¡Advertencia menguada  
que me ofende! (Con gravedad.)  
JUANA. (Con desden.) Harto me pesa,  
que esto es deciros, Princesa,  
que habeis errado la entrada.  
No sé si obrais bien ó mal,  
mas muy poco se respeta

- quien busca puerta secreta  
y olvida la principal.
- PRINC. Ved que en insolencia toca  
cuanto aqui habeis proferido.  
(Á Perez con desden.)  
¿Por qué no haberme advertido  
que estaba esta dama loca?
- JUANA. (Exaltada )  
¡Loca yo!
- PRINC. (Con orgullo.) Por tal os doy,  
que á tener sana la mente,  
no olvidarais ciertamente  
lo que sois y lo que soy.
- JUANA. ¡Loca!...
- ANTONIO. ¡Callad por favor!...
- JUANA. ¡No puedo callar!
- ANTONIO. ¡Lo mando!
- PRINC. ¡Estais mi honor mancillando!...
- JUANA. ¿Pues no me robais su amor?...
- ANTONIO. ¡Oh!... (Avergonzado y colérico.)
- PRINC. ¡No mas!... ¡Sufrir no puedo  
frases de tan mala ley!...  
—Oid, esta noche al rey  
pretende ver Escobedo.  
Ya su insolencia traspasa  
todo término, y es mengua  
no poner tasa á su lengua  
ni á su ambicion poner tasa.
- ANTONIO. Saldrá de aqui.
- PRINC. Es manifesto  
su intento.
- ANTONIO. Al rey no verá,  
que para impedirlo ya  
lo tengo todo dispuesto.
- PRINC. Pues basta.—Vivid alerta  
contra su saña traidora.  
—Podeis abrimme, señora, (Á Dña Juana.)  
cuando gusteis esa puerta.  
Y hacedla ya mas favor,  
pues que mi planta la huella,  
que hoy entra y sale por ella  
una dama con honor.

JUANA. Dama que se juzga tal,  
nada ante mis ojos vale,  
si descubierta no sale  
por la puerta principal.

ANTONIO. ¿Qué eso digais?... (Irritado.)

JUANA. Eso digo.

PRINC. ¡Pardiez, que irrita su encono!

ANTONIO. ¡Señora!... (Confuso.)

PRINC. ¡Yo la perdono!...

(Saliendo por la puerta principal.)

Venid...—¡Cielos, don Rodrigo!...

(Retrocediendo.)

ANTONIO. (Desesperado.) ¡Maldita fatalidad  
la que nos sigue!... entrad.

(La esconde en la de enfrente.)

PRINC. ¡Oh!...

JUANA. ¡Perez!... ¡qué esto sufra yo!...

ANTONIO. Callad, señora, callad!

(Con ira reconcentrada.)

## ESCENA XVII.

DICHOS, D. RODRIGO.

RODRIGO. Buenas noches.

ANTONIO. (Afectando calma.)

¡Vos aquí!...

RODRIGO. Queriendo hablaros despacio,  
á buscaros fui á palacio,  
que pensé hallaros allí.

ANTONIO. Perdonad, que ahora no puedo  
escucharos...

RODRIGO. Volveré...

(Va á retirarse y vuelve.)

mas una pregunta.

ANTONIO. ¿Qué?...

RODRIGO. ¿Despachasteis á Escobedo?

ANTONIO. No me habéis de ese traidor,  
ni me toqueis á tal punto.

RODRIGO. ¡Perdonad!... ¡Bravo!... ¡este asunto  
no puede salir mejor!

¡El rey la vió penetrar!...

¿Quién lo podrá resistir,  
si al cabo la ve salir  
lo mismo que la vió entrar?...  
¡El cielo os guarde!... (Saludando.)  
DIEGO. (Dentro.) ¡Favor!...  
(Ruido de cuchilladas.)  
RODRIGO. ¡Cuchilladas! (Deteniéndose.)  
JUANA. ¡Dios divino! (Espantada.)  
DIEGO. (Dentro.) ¡Perseguid al asesino!...  
(Cesa el rumor de espadas.)  
ANTONIO. ¡Hola!... (Llamando.)  
RODRIGO. ¡Una muerte!... (Como aterrado.)  
JUANA. (Como sospechando lo que ocurre.) ¡Qué horror!

### ESCENA XVIII.

DICHOS, GREGORIA asustada.

GREG. ¡Madre, de miedo me espanta  
ese clamor tan deshecho!  
JUANA. (Ap.) ¿Por qué tiembla así mi pecho  
y se anuda mi garganta?  
ANTONIO. Callad, que siento ruido.  
JUANA. ¡Oh!... (Ansiedad en todos.)  
ANTONIO. ¡No temais! (Calmándola.)  
RODRIGO. ¿Quién será?  
ANTONIO. Alguien que á decir vendrá  
lo que en la calle ha ocurrido.

### ESCENA XIX.

DICHOS, D. DIEGO con espada desnuda.

ANTONIO. ¡Don Diego!...  
JUANA. ¡Tiemblo de miedo!  
RODRIGO. ¡Hijo!...  
GREG. ¿Qué es eso?  
ANTONIO. ¿Qué pasa?  
DIEGO. ¡Que cerca de vuestra casa  
han dado muerte á Escobedo!  
ANTONIO. ¡Oh!... (Mirando á doña Juana.)  
JUANA. ¡Jesus! (Cubriéndose el rostro.)

- DIEGO. ¡Ya de Dios goza!  
Sin exhalar una queja,  
muerto cayó en la calleja  
del palacio de Mendoza.
- ANTONIO. ¿Y quién le ha matado?
- JUANA. (Como queriendo evitar la pregunta.) Perez!..
- DIEGO. A uno solo he conocido.
- ANTONIO. ¿Quién es?
- DIEGO. Ese que ha querido  
partir á Flandes de alferéz...
- ANTONIO. ¡Cielos!... (Mirando á doña Juana.)
- JUANA. (¡Todo le condena!) (Con dolor.)
- RODRIGO. Vamos en su ayuda, pues...
- JUANA. ¡Válgale, si aun tiempo es,  
la Virgen de la Almucena!  
(Salen D. Rodrigo y D. Diego.)

## ESCENA XX.

ANTONIO, DOÑA JUANA, GREGORIA.

- ANTONIO. ¡Oh!... (Acercándose á su esposa, en voz baja.)
- JUANA. ¡Dejad clamores vanos!
- ANTONIO. ¡Oídme! (Suplicante.)
- JUANA. ¡No os acerqueis,  
porque pienso que teneis  
tintas en sangre las manos!  
(Abre la puerta que oculta á la Princesa.)

## ESCENA XXI.

DICHOS, LA PRINCESA.

- JUANA. ¡Salid!...
- ANTONIO. ¡Juana!... por favor... (Suplicante.)
- JUANA. ¡Por allí!... (Señalando la puerta secreta.)
- PRINC. Ved... (Yendo á la del fondo.)
- JUANA. ¡Nada valen  
vuestros ruegos!... por ahí salen  
las mujeres sin honor.  
Salid, señora, salid...

(Bajo.) Murió Escobedo!...  
PRINC. (Aterrada, sale.) ¡Dios santo!  
JUANA. ¡Salid á ser el espanto  
y la afrenta de Madrid!

## ESCENA XXII.

DICHOS, menos la PRINCESA.

ANTONIO. ¡Oídme!...

JUANA. (Casi desvanecida.)

¡Ruegos prolijos!...

GREG. ¡Ay, madre!... ¿qué pasa aquí?

JUANA. ¡Dios tenga piedad de mí,  
de vos... y de vuestros hijos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA, GREGORIA.

GREG. No sé, no sé, madre mia,  
qué secreto misterioso  
hay aqui...

JUANA. Vanos temores

tuyos...

GREG. No, no me equivoco.

Hay algo aqui que no acierto  
á comprender, y que solo  
se revela en la amargura  
de esos ahogados sollozos.  
En vano callais, en vano  
encubris pesar tan hondo,  
porque del mal que os aqueja  
da ese llanto testimonio.  
No me oculteis vuestras ansias,  
que es un tormento espantoso  
sentir que al alma me llegan  
dolores que desconozco.

Os miro sufrir y sufro,  
os miro llorar y lloro,  
y abulta el misterio mismo  
la inquietud en que zozobro.  
¡Ay! despejad estas sombras,  
y ya que el dolor afronto,  
sepa al menos quién nos hiere  
con tan implacable encono.  
Hablad!

JUANA.            ¡Inútil empeño!  
¿Quizá felices no somos?  
Tu padre obtiene en la córte  
el régio favor, y todos  
á su voluntad se rinden  
sumisos si no envidiosos.  
¿Qué mas?

GREG.            ¡Lo decis llorando,  
madre del alma!

JUANA.            ¡Es de gozo!  
GREG.            ¡No, no! Desde aquella noche  
que de mi mente no logro  
apartar, en que Escobedo  
murió á manos de alevosos...

JUANA.            ¡Hija!

GREG.            Mi padre está triste,  
inquieto, y en vuestro rostro  
mi amor descubre las huellas  
de una desdicha que ignoro.  
Vuestro silencio me mata,  
porque entregado á sí propio,  
el pensamiento se pierde  
en mil conjeturas, loco.  
Extrañas dudas me asaltan  
y cual nave sin piloto,  
voy á merced de las mismas  
inquietudes que me forjo.  
¡Es tan horrible el recuerdo,  
tan horrible! Aun pienso que oigo  
aquel grito de don Diego,  
triste, penetrante, ronco...  
¡desesperado gemido  
que al turbar nuestro reposo,

dejó para siempre el gérmen  
del pesar entre nosotros.  
Escobedo...

JUANA. ¡No le nombres,  
hija!...

GREG. Con terror le nombro,  
porque esa sangre parece  
que cae cual hirviendo plomo  
sobre mí.

JUANA. ¿Qué estás diciendo? (Asustada.)

GREG. ¡Madre, lo que dicen todos!  
¿No lo veis? Por todas partes  
se propaga cauteloso,  
de la cobarde calumnia  
el envenenado sopro.  
En vano busco el sosiego,  
en vano ante Dios me postro,  
que hasta el altar me persiguen  
esos ecos afrentosos.

JUANA. ¡Oh!... no... (Atemorizada.)

GREG. ¡Mirad! ¡No es posible  
ocultároslo!—Hace poco,  
en mudo recogimiento  
alzaba al cielo mis votos.  
Al levantarme del suelo,  
fijé sin querer los ojos  
en un papel, medio oculto  
al pie del reclinatorio.

JUANA. ¿Y era?... (Con ansiedad.)

GREG. Un infame billete:  
un negro y pérfido anónimo  
que á traición me hirió en el alma  
como un áspid ponzoñoso.  
Tomad...

JUANA. (Leyendo.) «Sé que tenéis miedo,  
»porque os dice oculta pena  
»que está vuestra casa llena  
»con la sombra de Escobedo.  
»Haceis bien. Pedid á Dios  
»por el muerto, y de camino  
»rogad por el asesino,  
»que está muy cerca de vos.

»¡Ay! triste de él como olvide  
»entre el engaño y la intriga  
»que Dios vela y Dios castiga,  
»que la sangre, sangre pide!  
»Si la impunidad le alienta  
»debeis advertirle á solas,  
»que ya se agitan las olas,  
»que ya ruge la tormenta »  
¡Oh! ¡qué horror! ¡Que no recuerde  
jamás tu mente ese odioso  
escrito que nos injuria!...  
Olvídale...

GREG. ¡Ay, madre! ¿Cómo  
he de vivir sin sospechas  
si de mí surgen en torno?

JUANA. (¡Hasta sus hijos!...) ¡Dios mio,  
en tí mi esperanza pongo!

GREG. ¡Callad; mi padre!...

## ESCENA II.

DICHAS, PEREZ, hondamente preocupado.

ANTONIO. (¿Vacila  
mi poder? No sé qué noto  
en el rey... ¿Mas quién penetra  
su pensamiento recóndito?)

GREG. ¿Venis enfermo? (Observándole con inquietud.)

ANTONIO. Rendido  
vuelvo, que desde las ocho  
no he conseguido tener  
un momento de reposo.  
Con el rey he despachado,  
que es tan diligente en todo,  
que no hay de fijo en el mundo  
quien menos se entregue al ocio.  
El escudriña y repasa  
consultas y protocolos,  
desde los mas importantes  
hasta los mas minuciosos.  
Los dictámenes ojea  
y escribe de puño propio

aclaraciones en unos,  
anotaciones en otros.  
Hasta corrige el estilo  
si le juzga oscuro ó tosco,  
que no hay nada que se escape  
á sus penetrantes ojos.

Y por Dios que maravilla  
que quepa en un hombre solo  
tal grandeza en las ideas  
y en los hechos tanto aplomo.

Ya me fatiga esta vida:  
mas pienso que será corto  
el tiempo de mi privanza...

JUANA. ¿Eso esperais? (Con inquietud.)

ANTONIO. Lo supongo.

Hace tiempo que mi estrella  
se va eclipsando y mi horóscopo  
se ennegrece... ¡Es tan mudable  
la suerte!...

GREG. ¿Veis de qué modo (Á Doña Juana.)

se confirman mis temores?...

ANTONIO. ¡El poder es todo escollos!

Hoy mismo daba el rey cuenta  
de un grave asunto.—De pronto,  
fijando en mí su mirada,  
que inspira terror y asombro,  
me dijo con voz tranquila:

Ya lo veis, señor Antonio

Perez, al impulso mio

la mayor grandeza es polvo.

JUANA. ¡Gran Dios!

ANTONIO. Miréle suspenso;

pero él, cambiando de tono

y apoyando en mí su diestra,

añadió:—¡Soy generoso!...—

Al sentir en mí la mano

de un rey que desde su solio,

rige y gobierna la tierra

á medida de su antojo,

bajo su gran pesadumbre

temblé y conmovíme, como

si se hubiera desplomado

un mundo sobre mis hombros.  
JUANA. Tal vez temeis sin motivo...  
(Disimular me es forzoso,  
no comprenda mi hija...) (Á Perez.)  
¡Ah! tengo  
que hablaros hoy de un negocio  
importante.  
ANTONIO. ¡Ya os escucho!  
GREG. (¿Qué será?)  
JUANA. ¡Déjanos solos!

### ESCENA III.

DOÑA JUANA, ANTONIO.

JUANA. (Con agitacion.)  
¡Poneos en salvo!  
ANTONIO. (Resuelto.) ¡Nunca!  
JUANA. ¡Poneos en salvo! El sordo  
rugido de la tormenta  
siento ya seguro y próximo.  
ANTONIO. Eso fuera condenarme  
yo mismo ..  
JUANA. Ved que el encono  
del monarca es implacable.  
ANTONIO. Tranquilamente le arrostro.  
JUANA. Es que circulan extraños  
rumores.  
ANTONIO. Que engendra el odio.  
JUANA. ¡Es que todos os acusan!...  
ANTONIO. Pues si es asi, mienten todos.  
JUANA. (Con exaltacion )  
¡Hasta vuestros mismos hijos  
sospechan!...  
ANTONIO. ¡Qué horror!  
(Como herido por el golpe; pero reponiéndose.)  
Conozco  
que es mi corazon de roca  
cuando este golpe soporto.  
JUANA. ¡Vos!...  
ANTONIO. ¡Yo tambien! (Con amargura.)  
JUANA. Si en el alma

no os hiriera agudo y torbo  
el tenaz remordimiento,  
no fuerais supersticioso;  
ni pidierais á los astros  
embebecido y absorto,  
sacrilegas esperanzas...

ANTONIO. Me ofendeis, pero os perdono.  
Porque calla mi conciencia,  
porque no encuentro en el fondo  
del corazon, causa justa  
á la tormenta que corro;  
porque navego perdido  
en este alterado golfo,  
busco el rumbo en las estrellas,  
á los astros interrogo.

JUANA. ¡Es verdad! (Con penosa ironia.)  
No hay en el mundo  
quien os guie...

ANTONIO. No hay en torno  
de mí quien no me rechace  
como á un execrable mónstruo.  
¡Hasta vos!

JUANA. Yo nada os digo. (Con dignidad.)  
Dentro de mi pecho escondo  
mi dolor...

ANTONIO. En mi amargura,  
¿qué mucho que alce los ojos  
al cielo, si aqui, en la tierra,  
todos me niegan su apoyo?

JUANA. Veis que os escucho con calma...  
¡Partid! El tiempo es precioso,  
tal vez mañana...

ANTONIO. ¡Cualquiera (Con dolor.)  
sospechara que os estorbo!  
¿Por qué ese afan?

JUANA. Porque os miro  
del rey expuesto al enojo,  
porque mis hijos os llaman  
padre... ¡Por que sois mi esposo!

ANTONIO. ¡Si no me amais!... ¿qué os importa?

JUANA. ¿Qué no os amo?... ¡Esto es el colmo  
de la ingratitud. ¿No basta

que hayais quebrantado y roto  
un corazon que alentaba  
para vos, para vos solo?  
¿No basta que en mis horribles  
y largas horas de insomnio,  
mire el abismo de sangre  
que se extiende entre nosotros,  
mientras que vos distraido  
en criminales coloquios,  
la fé que me habeis jurado,  
torpe arrastrais por el lodo?...  
¿No basta?...

ANTONIO. Mirad que os juro...

JUANA. ¡No blasfemeis! (Con vehemencia.)

¡Si es notorio  
vuestro amor á la Princesa!  
¡Si habeis escrito con rojos  
caractéres mi desdicha!...  
¡Si amenazador y torbo  
el cadáver de Escobedo,  
os lanza el crimen al rostro!

ANTONIO. ¡Juana, la injusticia os ciega!

JUANA. ¡Si el rey lo sabe y celoso (Sin atenderle.)  
vuestro castigo medita!..

ANTONIO. Yo os declaro...

JUANA. No sé cómo (Con desden.)  
negais lo que he visto. ¡Mucho  
descendeis! Os desconozco.

ANTONIO. ¡Silencio!... (Viendo aparecer á Diego.)

#### ESCENA IV.

DICHOS, DIEGO agitado.

DIEGO. (Con inquietud.) Vengo á buscaros.

ANTONIO. ¿Qué teneis? Estais inquieto.  
Decid, ¿qué pasa?

DIEGO. En secreto

quisiera, señor, hablaros.  
Perdonad... (Á Doña Juana.)

JUANA. ¡Otra traicion!

Posible es que la Princesa  
le envíe...)

DIEGO. Ved que interesa

(Cada vez mas alterado.)  
este asunto á mi opinion.

ANTONIO. ¿El caso es grave?

DIEGO. Muy grave.

ANTONIO. Si necesitais consejo  
yo podré dárselo.

JUANA. Os dejo... (Marchándose.)

(¡antes que el dolor me acabe!)

### ESCENA V.

ANTONIO PEREZ, DIEGO.

ANTONIO. ¿Qué sucede?

DIEGO. Escuchad pues.

Es'a mañana á mi oido  
llegó un rumor extendido  
por todo Madrid.

ANTONIO. ¿Cuál es?

No me hará mucho favor...

DIEGO. Yo solo deciros puedo

que une el nombre de Escobedo  
con el vuestro ese rumor.

Cuenta una historia sombría  
y de vuestro nombre abusa.

ANTONIO. ¿Esto es decir que me acusa  
de esa muerte? Lo sabia.

DIEGO. En vos sin razon se ceba...

ANTONIO. ¿Es cierto!

DIEGO. (Indignado.) ¿Á qué no se atreve  
la lengua audaz de la plebe?

ANTONIO. Pues dejadla que se atreva. (Con calma.)

No está en el poder segura  
mi honra, pero no desmayo.

La calumnia es como el rayo,  
que siempre busca la altura.

DIEGO. Hay mas, y esto ¡vive Dios!  
me desespera...

ANTONIO. (Con indiferencia.) ¿Y qué es esto?

- DIEGO. Dicen que el rey ha dispuesto  
tomar venganza de vos.  
Y añaden—con pena sigo,  
señor, pero es necesario;—  
que vuestro mayor contrario  
es. . ¡mi padre don Rodrigo!  
¡Venenosa acusacion  
que mal con mi honor se aviene!  
¡Pensar que mi padre tiene,  
tan podrido el corazon!...
- ANTONIO. De todo el vulgo sospecha...
- DIEGO. Perdí, al saberlo, mi aplomo (Exaltándose.)  
y volé á mi casa, como  
parte del arco la flecha.  
Allí estaba, hablé con él,  
búrlose de mi ardimiento  
y apaciguó en un momento  
mi incertidumbre cruel.  
—¡Cosas de la juventud,  
dijo, que en todo se excede!—  
¡Dudar yo de él! (Con amargura.)
- ANTONIO. ¡Qué no puede  
la voz de la multitud!
- DIEGO. Confieso que estuve injusto;  
mas temí volverme loco  
cuando supe...
- ANTONIO. (Tranquilizándose.) ¿Y por tan poco  
le habeis dado ese disgusto?  
Agradezco por honrada  
y noble vuestra intencion;  
mas si la murmuracion  
me vence en esta jornada,  
sabré luchar con mi estrella  
sin temor y sin zozobra,  
que tengo aliento de sobra  
para co nbatir con ella.
- DIEGO. Mi padre á veros vendrá,  
porque mi desasosiego  
le alarmó...
- ANTONIO. (Tendiéndole la mano.) ¡Gracias, don Diego!  
Mi amigo sois.
- DIEGO. (Viendo entrar á su padre.) Aquí está.

ESCENA VI.

DICHOS, D. RODRIGO.

RODRIGO. En alas de mi cuidado  
vengo á veros...

ANTONIO. (Cortesmente.) Eso os tengo  
que agradecer...

RODRIGO. Y á mas, vengo  
de mi inclinacion llevado,  
con ánsia de averiguar  
si algun riesgo os amenaza.

ANTONIO. Eso dicen en la plaza  
las gentes...

RODRIGO. ¡Es singular!

ANTONIO. Ninguna inquietud abrigo  
que me haga temer la ley;  
pero aseguran que el rey  
está enojado conmigo,  
y que ruga contra mí  
su cólera soberana.

RODRIGO. ¿Le habeis visto?

ANTONIO. Esta mañana,  
segun costumbre, le ví.

RODRIGO. ¿Y nada os dijo?

ANTONIO. En verdad.  
nada que á dudar me incline.

RODRIGO. (Con rencor reconcentrado.)  
(¡Ay de tí, cuando fulmine  
la invisible tempestad!)

ANTONIO. Pero mi nombre amancilla  
el vulgo, que no es escaso  
en cuentos...

RODRIGO. (Con desden.) ¿Quién hace caso  
de los cuentos de la villa?

ANTONIO. Me inspiran hondo desprecio;  
mas á tanto se propasa...

RODRIGO. Como viene á vuestra casa (con intencion.)  
la Princesa, el vulgo necio  
en comentar se entretiene  
esas visitas...

- ANTONIO. La escuda (Con energia.)  
su propio honor.
- RODRIGO. (Recaleando la frase) ¿Quién lo duda?  
Lo sé... ¡Pero ello es que viene!  
La gente es tan indiscreta  
y anda Lucifer tan listo...  
Si hay alguien que entrar la ha visto  
por una puerta secreta...  
No es fácil con esto, no,  
que tales habillitas cesen.
- DIEGO. Pero ved... (Alterándose.)
- RODRIGO. (Con candidez hipócrita.) ¡Si todos fuesen  
tan sencillos como yo!
- DIEGO. Callad, padre, me dais miedo.
- RODRIGO. (Siempre en el mismo tono intencionado.)  
¡Mas la calumnia es muy terca!  
Y luego murió tan cerca (Á Perez.)  
de vuestra casa Escobedo!...  
¡Funesta casualidad!
- ANTONIO. (Con dignidad.)  
¿Qué importa que me condenen?
- RODRIGO. ¡Hay imposturas que tienen  
apariencias de verdad!  
Y esta se enreda y prepara  
con un arte, que tal vez  
yo mismo, si fuera juez,  
¡Dios me libre! os condenara.  
Mas no hay que pensar en eso.
- DIEGO. ¡Bien decís! (Respirando.)
- ANTONIO. (Con hondo recelo.) ¡Por vida mia!  
Cualquiera sospecharia  
que empezábais mi proceso.
- RODRIGO. ¡Bah! No me llama el Señor (Variando de tono.)  
por tan extraño camino.  
Es que busco y examino  
las causas de ese rumor.
- ANTONIO. Sabéis que vivo dispuesto (Con altivez.)  
á todo...
- RODRIGO. Por lo demas,  
no habeis estado jamás  
tan seguro en vuestro puesto.  
¿Qué importa que siga en pos

de esos cuentos la malicia,  
si el rey en su alta justicia  
está contento de vos?  
Ayer, tratando con él  
de los negocios de Hacienda,  
—y esto os lo confío en prenda  
de amistad sincera y fiel,—  
hablóme, no una vez sola,  
de vos con amor profundo.

ANTONIO. ¡Es la fortuna del mundo (Desanimado)  
pérfida como la ola!  
Mal está consigo mismo  
quien sus impulsos no enfrena,  
porque alterada ó serena  
oculta siempre el abismo.

DIEGO. Ya veis que mi padre sabe (Alentándole.)  
los intentos soberanos.

ANTONIO. ¡De sus secretos arcanos  
solo Dios tiene la llave!  
Veremos qué sesgo toma  
el lance. Os voy á dejar,  
porque tengo que mandar  
unos despachos á toma.  
Es asunto que interesa  
al rey...

RODRIGO. Pues id sin tardanza.

(Ap., viéndolo salir.)

(¡Enredada en su esperanza  
segura tengo mi presa!)

## ESCENA VII.

DIEGO, D. RODRIGO.

DIEGO. ¡Ay, padre! Perez camina (Con abatimiento.)  
hacia el abismo...

RODRIGO. (Con indiferencia.) Lo siento,

DIEGO. No sé qué presentimiento  
me está anunciando su ruina.  
Bajo su planta la tierra  
vacila...

RODRIGO. ¿Qué se ha de hacer?

(En el mismo tono.)

DIEGO. ¡Hablais de ello á mi entender,  
con una calma que aterra!

RODRIGO. Ni está su causa perdida  
ni el riesgo que corre es grave.  
Ademas, hijo, ¿quién sabe  
si convendrá su caída?

DIEGO. ¡Padre!... (Espantado.)

RODRIGO. Cuando se desploma  
un poder, otro aparece;  
cuando un astro se oscurece,  
otro mas brillante asoma...

DIEGO. Pero...

RODRIGO. ¿Quién sabe? Supon (Animándose.)

que tras difíciles pruebas,  
él descende y tú te elevas  
á la mas alta region.

Y que Felipe segundo  
realiza tu ardiente sueño  
de ambicion, y que eres dueño  
del rey, de Europa, ¡del mundo!

Y que, tan jóven, te ves  
en la fortuna á que aspiras,  
y que, sol de gloria, miras  
toda la tierra á tus pies.

Y que para conseguir  
que el rey de España te llame,  
Perez... sobra...

DIEGO. (Indignado.) ¡Esto es infame!

RODRIGO. ¡Esto es medrar y subir!

DIEGO. Á tanta costa, jamás  
quiero labrar mi fortuna.

RODRIGO. ¡Y haces muy bien! Esta es una  
hipótesis nada mas. (Reponiéndose.)

DIEGO. Digo que con toda el alma  
siento haberos escuchado.

RODRIGO. ¡Bah! los negocios de Estado  
deben mirarse con calma.  
Espero que poco á poco  
templarás tu condicion.

DIEGO. ¡Oh! ¡nunca! ..

RODRIGO. ¿Qué corazon,

**DIEGO.** j6ven y ardiente, no es loco?  
Pues bien: no os quiero ocultar,  
ya que la ocasion se ofrece,  
ya que el peligro aperece  
por las puertas de este hogar,  
que un vivo afecto, se6or,  
á su suerte me encadena,  
su sentimiento que llena  
mi vida entera: ¡el amor!

**RODRIGO.** ¿Qué es lo que dices? (Asombrado.)

**DIEGO.** No debo

callar. ¡Fuera cobardía!

Indigno me juzgaría  
del nombre honrado que llevo,  
y aun pienso que os ofendiera,  
si estando el riesgo cercano,  
fuese mi amor tan villano  
y tan ruin que se escondiera.

**RODRIGO.** (Preocupado.)

¿Conque amas?...

**DIEGO.** Si, padre mio.

Negar lo fuera mentira.

La hija de Perez me inspira  
amor... ¿Qué amor?... ¡desvario!

Y tan honda esa pasion  
en mi corazon está,  
que arrancármela será  
arrancarme el corazon.  
Intensamente domina  
todo mi ser. Su hermosura  
es luz misteriosa y pura  
que me alumbra y me fascina.

**RODRIGO.** Será un juvenil capricho  
quizás...

**DIEGO.** (Con exaltacion.) ¡Estais engañado!  
Os juro...

**RODRIGO.** (Con desden.) ¿Qué enamorado  
lo mismo que tú no ha dicho?

**DIEGO.** ¡Padre!...

**RODRIGO.** Modera tu afan.

¿Quién hace caso? Ese fuego  
se extinguirá pronto, y luego...

ni aun cenizas quedarán.  
¡Siempre ha sucedido así!

DIEGO. (Con ardor.)  
¡Oh! ¡Permitid que no os crea,  
porque es horrible la idea  
que estais despertando en mí!

RODRIGO. ¡Eh! suspende esos extremos  
y ten la impaciencia á raya.  
Cuando espacio y lugar haya  
de tu locura hablaremos.  
Hoy no es prudente...

DIEGO. (Alterado.) Advertid,  
señor, que vuestro lenguaje  
da cuerpo y vida al ultraje  
que os está haciendo Madrid.  
¿Tendrá Perez que temer  
de vos? ¿Sois quien le amenaza?

RODRIGO. (Este mozo lleva traza  
de echarlo todo á perder!)  
Pienso que altera tu juicio  
ese amor desatinado.  
Si cayera despeñado  
Perez en el precipicio,  
¿quieres correr el azar  
de unir tu suerte á su suerte?  
¿Qué conseguirás? Perderte  
y no poderle salvar.  
¿No comprendes que es error  
desatender mis consejos?  
¿No ves que estando mas lejos  
podrás servirle mejor?  
Porque soy prudente aplazo  
ese amor...

DIEGO. (Convencido.) ¡Y sospechaba  
yo? Perdonad. ¡Loco estaba!  
Decis bien.

RODRIGO. (¡Cayó en el lazo!  
Pero aventurado fuera  
dejarle aquí...)

DIEGO. ¡En vos confío! (Con efusion)

RODRIGO. Ahora recuerdo, hijo mio,  
que el tesorero te espera.

DIEGO. ¿Sabeis qué quiere?

RODRIGO. No sé.

Mas vete y no te retardes.

(Deteniéndole.)

¡Ah!... cuidado que me aguardes  
en San Salvador!

DIEGO. Lo haré...

RODRIGO. ¡Si estos muchachos de ahora

(Viéndole salir.)

dan en tener corazon,  
¡qué pobre generacion  
va á ser nuestra sucesora!

### ESCENA VIII.

D. RODRIGO, solo.

Este amor me contraria.

¡Es un obstáculo! Fuerza

es quitarle del camino

que conduce á la grandeza.

Pero... ¿cómo? (Pensativo.)

¡Ah! gran proyecto.

(Herido de una idea repentina.)

¡Famoso! Sin que él lo advierta

puedo conseguir hoy mismo

que la dama le aborrezca.

Y cuando rompa ese nudo,

¡mi buena intencion me absuelva!

llegará á la cumbre... ¡Vamos

enredando la madeja!

El rey, que desde San Justo

vió salir á la Princesa

de esta casa, y se apercibe

á satisfacer su ofensa...

El vulgo mal inclinado

que busca, inquiere, y comenta

los hechos, con tal malicia

que sin escuchar condena...

Doña Juana recelosa

y ofendida... ¡Qué pequeña

la humanidad me parece,

tan inocente y tan crédula!  
—Decretada está la ruina  
de Perez. Sorda y tremenda  
la cólera del monarca,  
busca rugiendo su presa.  
«Mañana sabreis, me dijo,  
mi resolucion suprema,  
que está, Vázquez, mi justicia  
en lucha con mi clemencia.»  
¡Oh!... si la justicia fuese  
la que pugnara, perdiera.  
Pero... ¡es la venganza! y juzgo  
imposible que no venza.  
Hoy recibiré la órden  
de prision... Por lo que pueda  
resultar, tengo apostados  
los alguaciles ahí cerca...

### ESCENA IX.

D. RODRIGO, DOÑA JUANA.

RODRIGO. ¡Ah!... ¡Señora!

JUANA. (Si este sabe...  
¡será inútil!... ¿Quién penetra  
su intencion?) Mucho celebro  
veros...

RODRIGO. Bendigo mi estrella, (Afablemente.)  
que en ocasion de serviros  
me trae á vuestra presencia.  
Mandad.

JUANA. Vos, que autorizado (Con ansiedad.)  
por vuestro cargo, en la régia  
cámara teneis entrada,  
podreis decirme...

RODRIGO. (Interrumpiéndola.) Quisiera  
complaceros, mas ignoro  
lo que en la córte se piensa.  
Mi genio es tan retraido,  
que vivo, señora, en ella  
como un huésped...

JUANA. (Dudosa.) Pero... ¿nada

- sabeis?
- RODRIGO. Ni es fácil que sepa.  
El rey solo me consulta  
en los negocios de Hacienda,  
y las áulicas intrigas  
son para mí tan ajenas,  
que por conducto del vulgo  
solo á mi noticia llegan.
- JUANA. No me importan los rumores  
de esa gente, cuya lengua,  
de toda infamia al servicio,  
ninguna opinion respeta.  
¡Á vuestra amistad acudo!
- RODRIGO. ¡Á mi amistad? Claras muestras  
teneis de que es firme; pero  
si la ocasion se presenta  
vereis muchas mas...
- JUANA. No atino...
- ¿Qué quereis decir?
- RODRIGO. (Con traidora sonrisa.) ¡Paciencia!  
Hemos de ser mas que amigos  
si nuestros hijos se empeñan...
- JUANA. ¡Ah!... (Con disgusto mal reprimido.)
- RODRIGO. (Necesito librarme  
de preguntas indiscretas.)
- JUANA. (Reponiéndose.)  
Ya hablaremos de eso. Ahora... (Impaciente.)

## ESCENA X.

DICHOS, la PRINCESA DE ÉBOLI.

- PRINC. (¡Este hombre aqui!) (Alterada.)
- RODRIGO. (¡La Princesa!)
- JUANA. ¡Señora! (Sorprendida.)
- PRINC. ¿Quizá os sorprende  
mi atrevimiento?
- RODRIGO. (Regocijándose.) (Dios ciega  
á los que quiere perder.)
- PRINC. Mas la obligacion me fuerza  
á pisar estos umbrales.
- JUANA. ¿Y nada mas? (Con enojo.)
- PRINC. (Con intencion y altivez.) ¡Por la puerta

- principal y en pleno día  
penetro en la casa vuestra!
- JUANA. Hacedis bien, porque el misterio,  
y la oscuridad engendran  
(En el mismo tono.)  
fantasmas aterradores  
y apariciones sangrientas.
- PRINC. Mi conciencia está tranquila,  
y no temo que la ofendan  
vanos recelos...
- JUANA. (Con ironía.) ¡Bien haya,  
señora, vuestra conciencia!  
De otras sé yo que aunque limpias  
de toda mancha aparezcan,  
ocultan negros abismos  
que espanto al infierno dioran.  
¡Qué noches serán las tuyas  
tan lúgubres, tan siniestras!  
El recuerdo de su vida  
las seguirá por doquiera.  
Verán esposas burladas,  
madres que lloran inquietas,  
crímenes quizás... ¡Vé tanto  
el malvado en las tinieblas!  
Y en vano querrán librarse  
de sus penosas ideas,  
que donde el delito acaba  
el remordimiento empieza.  
¿No es esto verdad?... ¡Mas veo  
que os agitais!... ¿Qué os altera?  
¡Es extraño!... Estais, señora,  
pálida como una muerta!...  
¿No veis, don Rodrigo?
- PRINC. (Con dignidad.) Nada  
hay en esto que sorprenda.  
De tal modo esas palabras  
en mi corazón resuenan,  
que me estremezco al oírlas  
sin llegar á comprenderlas.
- JUANA. ¡Vuestra virtud os escuda! (Ironicamente.)
- RODRIGO. (Hipócritamente.)  
No hay en Madrid quien se atreva

- á negarla...
- PRINC. (Este hombre tiene los instintos de una fiera.)
- JUANA. (En un arranque de ira.)  
¡Acabemos! ¿Qué motivo os trae á mi casa en esta ocasion?...
- PRINC. Quisiera hablaros, y el temor mis labios cierra.
- JUANA. ¿Miedo vos?... Pues os creia mas valerosa y resuelta.  
¿Quien á tanto se ha atrevido hoy vacila, calla y tiembla?
- PRINC. ¡Oh! (Irritada.)
- JUANA. (Con furor reconcentrado.)  
Confesad francamente, sin hacer vanas protestas, que no era á mí á quien buscábais.
- PRINC. ¡Hareis que mi calma pierda!  
(Reprimiéndose, á Doña Juana.)  
Necesito hablar á solas con vos.
- RODRIGO. (No sé qué proyecta...) (Receloso.)
- JUANA. Nada teneis que decirme, (Colérica.)  
nada entre nosotras media que autorice confianzas que me agravian y avergüenzan.
- PRINC. ¡Señora!... Fuera ya en mi (Con exaltacion.)  
debilidad, fuera mengua, no contestar por respetos que no guardais, á esa ofensa.  
¡Voy á hablar! Pero advertid que hablo por vos en presencia del incansable enemigo que nos persigue y acecha.  
(Fijándose con resolucion en D. Rodrigo.)
- RODRIGO. ¡Pienso que vuestras palabras no me alcanzan!...
- PRINC. (Con energia.) Pues debiérais conocer que las dirijo contra vos...
- RODRIGO. (Con altivez.) ¡Pues no me aciertan!

- JUANA. ¡Oh! ¡Callad!... (Alterada á D. Rodrigo.)  
PRINC. Sé que me expongo  
á graves peligros... ¡Sea!  
que ya es tiempo de arrancaros  
esa hipócrita careta.
- JUANA. ¡Ved que os halláis en mi casa!  
PRINC. No lo olvido.
- RODRIGO. (Con sencillez.) ¿Quién creyera  
que sobre mí descargara  
la nube, de rayos llena?
- PRINC. Ya es tiempo de que la luz  
los misterios esclarezca.  
Él es, él, quien ha sembrado  
por la córte esas sospechas,  
que mi dignidad rebajan  
y al rey y á vos os afrentan.  
Él, quien empujó á Escobedo,  
por la pendiente funesta  
que puso fin á su vida,  
y límite á la paciencia  
del rey...
- RODRIGO. (Pero... ¿cómo sabe?...)
- PRINC. Él por medios que reprueba  
la moral, de sus verdugos  
armó la asesina diestra.  
Él, esquivando el peligro  
con una intencion de hiena,  
influyó para que fuesen  
de alféreces á la guerra...
- RODRIGO. ¿Quién os ha dicho?... (Alarmado.)
- PRINC. (Con energía.) ¿No os basta  
que lo sepa?
- RODRIGO. (Inquieto.) ¿Teneis pruebas?
- PRINC. ¡Las tendré!
- RODRIGO. ¡Ah!...  
(Respirando como libre de un peso abrumador.)  
por vida mia  
que hubiese sido discreta  
prevision, para acusarme,  
no esperarlas y tenerlas.
- JUANA. (¿Qué es esto? Vacilo, dudo...)
- RODRIGO. ¡La trama está bien dispuesta!

Mientras en mí se entretiene  
la ávida maledicencia,  
con razon ó sin motivo  
no os acusa ni condena...

PRINC. ¿Veis lo que supone? (Con desprecio.)

RODRIGO. (Fingiendo indignacion.) Os dejo  
á solas con la Princesa.

JUANA. ¡No, no!... esperad... (Deteniéndole.)

RODRIGO. Excusadme (Alejándose.)

el rubor de la defensa.  
(Es menester dar el golpe  
pronto, que el peligro arrecia.  
Si el rey...)

### ESCENA XI.

DOÑA JUANA, PRINCESA.

JUANA. (¡No sé qué pensar!)

PRINC. Señora... ¿estais satisfecha?  
Ya veis que afrontando todos  
los riesgos y contingencias,  
hablé delante del hombre  
que busca la ruina nuestra.

JUANA. ¿Qué mas pretendéis de mí?  
¿Y cómo quereis que os crea (Racelosa.)  
cuando teneis con engaños  
el alma de Perez presa?

PRINC. ¡Os compadezco!... Sabed  
(Con altiva piedad.)  
que tengo noticias ciertas

de que el rey ha decretado  
con sigilosa reserva,  
la prision de vuestro esposo...

JUANA. ¿Qué decis? (Agitada.)

PRINC. ¡El tiempo apremia!

Haced que se ponga en salvo,  
que es posible que le prendan  
antes de una hora...

JUANA. (Sobresaltada y celosa.) ¡Dios mio!

¿qué confusiones son estas?  
Dos veces me dais la muerte

con tan espantosa nueva,  
por el mal que me predice  
y por ser vos quien la cuenta.  
Ese interés que os obliga,  
atropellando cautelas,  
á advertirle del peligro...  
¿qué es sino amor?

PRINC. (Con sinceridad.) Es... prudencia.

La misma causa nos une,  
que en esta arriesgada empresa  
quiere el cielo que me salve  
con él, ó con él me pierda.  
¡Id, volad!

JUANA. ¡Me está matando  
el dolor!...

PRINC. Esto os convenza.

JUANA. ¡Si cuanto mas pienso en ello (Desesperada.)  
mas mis dudas se acrecientan!

PRINC. ¡Juro que son infundadas  
por cuanto ameis en la tierra!

JUANA. ¡Oh! ¡no es bastante!

PRINC. ¡Os lo juro

por mi salvacion eterna!  
Corred... ¡Quizá será tarde!  
y adios quedad, que si llegan  
á verme...

## ESCENA XII.

DICHAS, PEREZ.

ANTONIO. ¿Vos en mi casa? (Sorprendido.)

JUANA. ¡Harán que loca me vuelva!

PRINC. (Con agitacion.)

Perez, la inquieta fortuna  
se aparta de vos. Nos cercan  
graves riesgos.

ANTONIO. (Desalentado.) ¡Me lo ha dicho  
anoche mi aciaga estrella!

PRINC. Hay amigos que nos venden,  
el rey prenderos ordena,  
parad el golpe primero,

idos, y ¡Dios os defienda!

### ESCENA XIII.

DOÑA JUANA, ANTONIO PEREZ.

JUANA. Ya lo veis... ¡marchad! por vos  
y por nuestros hijos temo.  
No nos queda en tanto extremo  
sino la piedad de Dios.

Escapad de la asechanza  
que os tiende mano traidora.

ANTONIO. ¡Estaba escrito! La hora  
sonó ya de la venganza.  
Pero aguardaré tranquilo  
mi suerte...

JUANA. ¡Ved mi afliccion!..

¡Partid, partid! Aragon  
os dará secreto asilo.

Desde allí podreis buscar,  
si el horizonte se cierra,  
refugio en extraña tierra.

ANTONIO. Es en vano: aqui he de estar.

Venga lo que quiera en pos,  
no me iré, que eso seria

dar razon en contra mia,  
al rey, al mundo y á vos.

Fuera confesar mi yerro,  
y es mejor alzar la frente

en el cadalso, inocente,  
que bajarla en el destierro.

JUANA. ¡Ay, Antonio! ¡Me matais!..

ANTONIO. En mi inocencia confio.

JUANA. Lo que yo quiero, ¡Dios mio!

lo que quiero... ¡es que vivais!

Por el jardin, sin testigos,

hallareis fácil salida;

mas tarde, vuestra partida

dispondrán nuestros amigos.

¡Ved que temo mi viudez

y la cólera siniestra

del monarca, que soy vuestra

esposa, no vuestro juez!

Yo no os juzgo ni condeno...  
¡Marchad!

ANTONIO. (Con resolución.) ¡Son ruegos prolijos!  
No he de legar á mis hijos  
un nombre de infamia lleno;  
y quiero, si por mi mal,  
me abruma el rigor del hado,  
que digan:—«Fué desdichado,»—  
pero no—«¡Fué criminal!»

JUANA. (Desesperada.)  
Mas ¿no conocéis?...

#### ESCENA XIV.

DICHOS, DIEGO, alterado y presuroso.

DIEGO. ¡Señor!

¡señor!...

JUANA. (Aterrada al verle.) ¡Que Dios nos proteja!

ANTONIO. ¿Qué os pasa?

DIEGO. (Inquieto.) Si no me deja  
hablar tranquilo el temor.  
Pero mi suerte bendigo  
que me ha permitido veros...

ANTONIO. ¡Acabad!

DIEGO. Hoy va á prenderos...

JUANA. ¿Quién? (Exaltada.)

DIEGO. Mi padre don Rodrigo.

JUANA. ¡Era cierta su traicion! (Dasfallecida.)

¿Qué es lo que buscáis?

(En un arranque de ira.)

DIEGO. Orando

estaba en el templo, cuando  
recibió la comision.

Miróme con hondo afan

y tristemente me dijo:

—¡Esto es hecho! Ya ves, hijo,

qué mal encargo me dan.

Cumplirle manda el respeto;

pero la amistad me valga.

Vete y di á Perez que salga

por el postigo secreto.

Y libre de todo susto,

- que no ha de ser molestado,  
podrá acogerse á sagrado  
en la iglesia de San Justo.  
No tendré esbirros allí  
que le observen...
- JUANA. ¡Aguardad! (Recelosa.)  
Nos tiende un lazo...
- DIEGO. (Sin oírlo y con ánsia.) ¡Mirad  
que viene detrás de mí!  
Salir de aquí es menester.  
¡Si os quedais estais perdido!
- ANTONIO. Lo sé; pero he decidido  
(Con firmeza.)  
dejarme, Vázquez, prender.
- DIEGO. ¡Señor! (Asombrado.)
- ANTONIO. Lo dicho: no huyo.
- DIEGO. ¡Mereceis que loco os llame!
- JUANA. (Fuera de sí.) ¡Vuestro padre es un infame,  
y vos instrumento suyo!
- DIEGO. (Alterado.) ¡Señora!... ¿tan sin razon  
me ofendeis?...
- JUANA. (Decidida.) Sé lo que digo.  
Ha tiempo que don Rodrigo  
busca nuestra perdicion.  
Alguna traicion concierta,  
pues de buena fé no acudé....
- ANTONIO. ¿Qué decis? (Con enojo.)
- JUANA. ¡Dios os ayude (Con aire sombrío.)  
si pasais por esa puerta!  
(Señalando el postiguello secreto.)
- DIEGO. Aunque es horrible el ultraje  
que me haceis, no me defiendo,  
porque si lo hiciera entiendo  
que agraviara mi linaje.  
La honda pena que os traspasa  
vuestra razon estravia.

## ESCENA XV.

DICHOS, GREGORIA, sobresaltada y trémula.

GREG. ¡Ay madre, madre!...

- JUANA. ¡Hija mía! (Espantada.)  
GREG. ¡Cercando estan nuestra casa!  
DIEGO. ¡Lo veis? (Con desaliento.)  
GREG. Que en busca de vos (Á Perez.)  
viene la justicia, infiero.  
DIEGO. No os detengais...  
ANTONIO (Con calma.) Aquí espero  
los altos juicios de Dios!  
GREG. ¡Oh! ¡qué horror! Le prenderán.  
DIEGO. ¡Su obstinacion me dá espanto!  
GREG. ¡Padre! ¿no os mueve mi llanto?  
¿No os mueve mi ardiente afan?  
Mis súplicas os dirijo.  
JUANA. ¡Marchad!  
ANTONIO. ¿Pretendeis que olvide  
mi honor?  
GREG. Vuestra hija os lo pide.  
(Arrojándose á sus pies.)  
DIEGO. Y si vos quereis .. ¡vuestro hijo!  
(Postrándose.)  
ANTONIO. ¿Qué es esto? (Levantándose sorprendido.)  
DIEGO. No es ocasion  
de callar, ya que os imploro.  
Esto es, señor, que la adoro  
con todo mi corazon.  
Mi padre salvaros quiere  
porque conoce mi inmensa  
pasion... ¡Mirad si es ofensa (Á doña Juana.)  
la que por vos se le infiere!  
Y me matará el dolor  
si os prende...  
ANTONIO. (Abrazándole.) ¡Gracias, don Diego!  
JUANA. ¡Ya se acercan!... ¡Os lo ruego!  
(Agitada y fuera de sí.)  
¡Os lo ruego por mi amor!  
ANTONIO. (Abrazándola conmovido.)  
¡Por vuestro amor, dueño mio!...  
Ya mi incertudembre acaba.  
¡Ay, Juana! Sin él estaba  
mi pobre pecho vacio.  
¿Quereis que salve mi vida?  
Bien está. De aquí me alejo.

- ¡Pero entre vosotros dejo  
toda mi alma repartida!
- DIEGO. Pronto, que pueden llegar...  
GREG. ¡Ya suben!...  
ANTONIO. (Abrazándolos.) ¡Pierdo la calma!  
¡Sabe Dios, hijos del alma, (Con desesperacion.)  
cuándo os volveré á abrazar!
- JUANA. ¡Por aquí!  
(Desprendiéndose de sus brazos y señalándole la  
puerta de la derecha.)
- DIEGO. ¡No, por aquí!  
(Empujándole por el postiguello secreto que conduce  
á la calle.)
- ANTONIO. ¡Llegó el instante supremo!  
(Desapareciendo por él.)
- JUANA. (Queriendo detenerle con un movimiento instintivo.)  
¡Esperad!... (¡No sé qué temo!)
- DIEGO. ¡Señora? ¡Aun dudais de mí? (Quejoso.)

### ESCENA XVI.

DICHOS, menos PEREZ.

- GREG. ¡Ay! Por vez última quiero  
verle partir...
- DIEGO. (Con dolor.) ¡Dios le guie!  
GREG. ¡Madre! Dejad que le envíe  
desde aquí mi adios postrero.  
(Entrando en el balcón.)
- JUANA. ¡Señor, Señor, sé propicio  
á mi súplica sumisa!  
Si una víctima es precisa  
yo me ofrezco al sacrificio.

### ESCENA XVII.

DICHOS, D. RODRIGO, en la puerta del fondo. Dos Alguaciles.

- RODRIGO. ¡Perdonad! Cumpló una ley  
penosa...  
JUANA. Habiéis acudido (Con gravedad.)  
tarde. ¡Partió mi marido!

- RODRIGO. ¡Mándame prenderle el rey!
- JUANA. Pues se ha escapado la presa.
- RODRIGO. ¡Ved que esto malicia arguye!
- JUANA. ¿Y por qué? (Alterada.)
- RODRIGO. Por que quien huye  
su mismo crimen confiesa.
- JUANA. ¡Que llegais tarde, os repito!
- RODRIGO. Lo siento, que á mi pesar,  
su fuga habrá de constar  
como prueba del delito.
- DIEGO. No le comprendo... (Con asombro.)
- GREG. (Saliendo del balcon pálida y profundamente agitada.)  
¡Que horror!
- RODRIGO. (¡Ya está cogido!) (Con secreta alegría.)
- JUANA. (Fuera de sí.) ¡Qué es eso?...
- GREG. ¡Le han preso, madre, le han preso,  
en la iglesia ya!...
- JUANA. (Mirando colérica á Diego.) ¡Ah... traidor!  
(Deshecha en lágrimas.)
- GREG. ¡Que proceder tan impio!
- JUANA. (Á Diego, con ira reconcentrada.)  
¡Malvado! ¿así nos ayudas?
- DIEGO. (Consternado, acercándose á Gregoria.)  
¡Escuchadme!...
- GREG. (Rechazándole con indignacion y desprecio.)  
¡Aparta, Judas!
- RODRIGO. (Presenciando la escena con mal reprimida satisfacción.) (¡Ya maté su amor! ¡Ya es mio!)
- DIEGO. (Á D. Rodrigo, airado y quejoso.)  
¡Mi corazon es de hielo!  
¿Que hicisteis?
- RODRIGO. (Severamente.) La orden cumplí  
del rey...
- JUANA. (Cayendo desplomada en los brazos de su hija.)  
¡Mande sobre tí  
todos sus rayos el cielo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

Habitacion distinta en la misma casa de Perez, modestamente adornada; puerta á derecha, izquierda y fondo.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA.

¡Ilusiones!... todo es vano:  
¿Quién del rey la saña doma?  
¡Ay de la débil paloma  
sujeta por el milano!  
Rendida, trémula, opresa  
mira al cielo que cruzó:  
¿mas qué milano soltó  
rendida una vez su presa?  
Tal es aqui nuestra suerte,  
suerte de Dios maldecida:  
apariencias de una vida  
con realidades de muerte.  
¿Por qué una loca esperanza  
el alma triste acaricia,  
cuando alienta en la justicia  
espíritu de venganza?  
Huye, Perez; el rey fiero  
busca irritado su huella,

y por prenderle atropella  
de la iglesia el santo fuero.  
Y al verle al fin humillado  
quejoso le dice allí:  
«Si tú te alejas de mí,  
»¿quién gobernará el Estado?  
»Tener temor á la ley  
»cuando la ley va conmigo!  
»Haces mal, que eres mi amigo  
»y amigo tuyo es el rey.»  
Sarcasmo indigno y cruento  
que su carácter precisa,  
pues marcó en una sonrisa  
lo que acabó en el tormento.  
¿Y así es posible vivir?  
¿y así es posible esperar?  
No, forzoso es acabar  
y libertarle ó morir.  
Mas Gil de Mesa no viene  
y el tiempo apura: ¿qué habrá  
que á Madrid no ha vuelto ya  
y en Aragon se detiene?

## ESCENA II.

DOÑA JUANA, GREGORIA, con manto y agitada.

GREG. ¡Madre!  
JUANA. Hija mia, Gregoria,  
¿tú con manto! ¿dónde vas?  
triste y desolada estás,  
¿qué tienes? ¡Habla, mi gloria!  
GREG. Perdonad. (Procurando calmarse.)  
JUANA. ¿Qué otro dolor  
muestra tu rostro sombrío?  
GREG. Vengo...  
JUANA. ¿De dónde, Dios mio?  
GREG. De hablar con el confesor  
del rey...  
JUANA. ¡Tú! (Con ira.)  
GREG. Si, madre, si,  
que anoche rogando al cielo

pensé en él con vivo anhelo  
y hoy á sus pies acudí.

JUANA. ¿Á qué?

GREG. Á implorar su clemencia,  
que á Dios representa á fé,  
y es el único que lee  
del monarca en la conciencia.

JUANA. ¿Y verle pudiste?

GREG. Si,  
y ante mi llanto prolijo  
con trémula voz me dijo:  
«ñiña, ¿qué buscas aquí?»  
—Busco mi remedio en vos,  
le dije; busco justicia,  
que hallarla debo propicia  
en quien es sombra de Dios.  
Aplicador de su ley,  
juez de aquel que la traspasa,  
¿cómo no habeis puesto tasa  
á los rigores del rey?  
¿No condena Dios airado  
al que su amor no merece  
cuando injusto prevalece  
en las sombras del pecado?  
Pues si en el piélagos hirviente  
de sus iras penetrais  
y viendo, señor, estais  
que mi padre es inocente;  
¿por qué al ver su corazón  
rebotando de venganza,  
no le arrancais la esperanza  
de su eterna salvacion?

JUANA. ¡Hija!... (Aterrada.)

GREG. Helado, balbuciente,  
como el que ahuyenta un conjuro,  
dijome:—¡Si, si! yo os juro  
que Perez es inocente:  
de Dios cumpliré la ley,  
en su justicia confío;  
¿pero... qué he de hacer, Dios mio?  
¡yo soy yo, y el rey es rey!

JUANA. ¡Alma indigna!

GREG. De ira presa,  
madre, de aquel sitio huí;  
mas sin saber cómo fui  
á casa de la Princesa.

JUANA. ¡Tú á la Princesa! (Indignada.)

GREG. Llegué,  
quise hablar, mi voz se ahogó;  
conocióme, me abrazó,  
lloró al besarme y lloré.

JUANA. ¡Tú en sus brazos!

GREG. Con fé ardiente  
dijo:—Busco lo que vos,  
y juro en nombre de Dios  
que soy de todo inocente.  
Tened fé, que si consigo  
en la trama penetrar,  
y al cabo llego á encontrar  
la huella de mi enemigo,  
aunque un puñal me taladre  
el corazon, desalada  
iré yo á vuestra morada  
á salvar á vuestro padre.  
Que bien sacrificio tal  
y abnegacion tal merece,  
quien tan sin culpa padece  
y padece por mi mal.

JUANA. (Ap.) ¡Dios mio! ¿qué he de creer?  
¿qué he de creer, santos cielos?  
¿Serán injustos mis celos  
é inocente esa mujer?

GREG. Salí de allí, y á la puerta  
á Diego Vazquez me hallé.  
¡Ay, madre! al verle pensé  
quedar á sus plantas muerta.  
Vióme, envolvíme en el manto,  
salí, tras de mí volvió;  
quiso hablarme y no me habló,  
que apagó su voz el llanto.  
Entonces en fiero alarde  
díjele grave y solene:  
«¡qué bien la traicion se aviene  
con ese llanto cobarde!»

- Intentó hablar, no lo oí;  
¡Dios así lo habrá querido,  
porque á haberlo permitido,  
no se qué fuera de mí!
- JUANA. ¿Aun le quieres? (Irritada.)  
GREG. ¡Por Dios vivo!  
¿Cómo no? ¡Con loco amor!  
¡Si no lo juzgo traidor!...  
¡si su traicion no concibo!...
- JUANA. Sella los labios, Gregoria,  
que al verte á su amor asida,  
juzgó que tu mente olvida  
de tu padre la memoria.
- GREG. ¡Ay, madre!  
JUANA. No volverás  
á apartarte de mi lado;  
si hoy burlaste mi cuidado,  
no ocurrirá aquesto mas.
- GREG. Fuí de la justicia en pos...  
JUANA. ¡La justicia!... ¡Vago anhelo!...  
GREG. ¡Ay!... ¿dónde hallarla?  
JUANA. ¡En el cielo,  
que allí la justicia es Dios!

### ESCENA III.

DICHAS, ANTONIO PEREZ pálido y demostrando sufrimiento.

- ANTONIO. ¡Decis bien!...  
JUANA. ¡Perez!  
ANTONIO. (Abrazándola.) ¡Gregoria!...  
GREG. ¡Señor!... (Abrazádo'e y llorando.)  
ANTONIO. Dice bien tu madre;  
quien busca aquí la justicia  
busca la justicia en balde.  
JUANA. ¿Habeis escuchado?  
ANTONIO. ¡Todo!...  
GREG. ¡Padre mio!... (Confusa.)  
ANTONIO. ¡Eres un ángel!...  
no te disculpes.  
GREG. La infamia  
os persigue en todas partes:

alguaciles os vigilan,  
teneis la casa por cárcel,  
la amistad os abandona,  
aqui no penetra nadie,  
y todos nos dejan solos,  
solos con nuestros pesares.  
¿Qué hacer? Os debo la vida,  
mataros quieren; mas antes  
debo llevar mis suspiros  
donde puedan escucharse.

(Sonriendo tristemente.)

ANTONIO. ¿Y por eso á rogar fuiste  
á los pies de Diego Chaves?  
¡Chaves es hombre!... Los hombres  
no comprenden á los ángeles. —  
Eres hermosa, eres jóven,  
¡el mundo es cieno!... ¿quién sabe  
lo que el mundo pensar puede  
al verte sola en la calle?  
No más pedir por mi vida,  
que nada la vida vale  
si el soplo de la calumnia  
en tu frente ha de estrellarse.

GREG. ¡Dios mio! (Aterrada.)

ANTONIO. Déjanos solos,  
que dentro de poco es fácil  
que como siempre á esta hora  
llegue aqui Rodrigo Vazquez.

GREG. ¡Me perdonais, padre mio?

ANTONIO. ¿Pudiera no perdonarte?  
¡Dios solo sabe, hija mia,  
lo que siento en este instante!

GREG. ¡Madre!... (Besándole la mano.)

JUANA. No mas... (Despidiéndola.)

GREG. ¡Dios del cielo,  
salvad la vida á mi padre!

#### ESCENA IV.

DOÑA JUANA, ANTONIO PEREZ.

ANTONIO. Cuando tal hija se tiene

y se tiene tal esposa,  
¿no ha de mirar por su vida  
quien cifra en ellas su gloria?

JUANA. ¿Qué decis?

ANTONIO. Que lo sé todo,  
que vuestra lealtad me asombra,  
que sois santa, y como á santa  
mi noble pecho os adora.

JUANA. No os entiendo.

ANTONIO. Hace un momento  
que con el ánima absorta,  
pensaba yo en vuestra estancia  
en mi dolorosa historia,  
cuando de pronto, de un cuadro  
se alzó la ligera forma,  
y descubriendo una puerta  
abrió paso á una persona.

JUANA. ¡Dios mio! (Aterrada.)

ANTONIO. No tengais miedo,  
deponed toda zozobra,  
que el dueño de ese secreto  
lleva la lealtad por norma.

JUANA. Gil de Mesa!... (Adivinando.)

ANTONIO. Está de vuelta,  
me ha visto, y dispuestas postas  
por todo el camino deja  
desde aqui hasta Zaragoza.

JUANA. ¿Y partireis?... (Con ansiedad.)

ANTONIO. Partiré.

JUANA. ¿Cuándo?...

ANTONIO. Dentro de una hora.

JUANA. ¡Ay! si, partid, pues presiento  
no sé qué desdicha próxima.

ANTONIO. Mas antes de separarnos,  
fuerza es que os hable, señora,  
con la conciencia del mártir  
que halla en su muerte victoria.

JUANA. Callad, Perez, os lo ruego;  
hoy la desdicha os agobia,  
y ante el peligro que os cerca  
mi resentimiento sobra.  
Mucho he sufrido y llorado,

pero mi amor os perdona,  
que yo juzgaros no debo  
cuando á Dios juzgaros toca.

ANTONIO. ¡Juana!... ¡es que soy inocente!

JUANA. Os culpan las pruebas todas,  
que Rubio y Antonio Enriquez  
han estado en Barcelona,  
y en sus hombros ostentaban  
de su crimen el diploma.  
¡De alféreces van á Flandes!

ANTONIO. No es mia la ejecutoria  
que allá los lleva; otra mano  
quizá el crimen galardona!

JUANA. ¿Y dónde hallar esa prueba?

ANTONIO. ¿Quién sabe? con ella sola  
pudierais, si no la vida,  
salvarme al menos la honra:  
¡Dios es justo! En él confío:  
su justicia es clara antorcha,  
que mas tarde ó mas temprano  
deshará todas las sombras.  
Pero callad, alguien viene...

JUANA. ¿Quién podrá ser á esta hora  
sino el traidor enemigo  
que vuestra muerte ambiciona?

## ESCENA V.

DICHOS, DIEGO VAZQUEZ.

ANTONIO. ¡Diego!

JUANA. ¿Qué es esto, qué miro?

¿vos en mi casa? (Con ira.)

DIEGO. (Agitado y suplicante.) ¡Señora!

JUANA. Salid, que siento al miraros  
no sé si vergüenza ó cólera.

DIEGO. ¡Perez! ¡Señora, escuchadme (Con dolor.)  
por la vida de Gregoria!

JUANA. No pronuncieis ese nombre,  
que se mancha en vuestra boca.

DIEGO. Injuriadme, pero oidme;  
ofendedme, ¿qué me importa?

mas oid por Gil de Mesa,  
pues Gil de Mesa me abona.

JUANA. ¿Mesa? (Sorprendida.)

ANTONIO. ¿Qué escucho?

DIEGO. Atendedme.

JUANA. ¡Dios tenga misericordia  
de nosotros! (Espantada.)

DIEGO. (Con amargura.) ¡Ay! que os ciegan  
las apariencias traidoras!

¡Dudar de mí cuando he sido  
quien, con lealtad cautelosa,  
ha labrado en vuestra estancia  
esa puerta salvadora!

ANTONIO. } ¡Vos!

JUANA. }

DIEGO. Yo. Sabiendo por Mesa  
vuestra intencion generosa,  
vuestro plan he secundado  
envuelto siempre en la sombra.

ANTONIO. Hablad.

DIEGO. Mas el tiempo apura,  
y las distancias se acortan,  
que hoy del rey como un torrente  
los enojos se desbordan.  
¡Vuestra muerte ha decretado!

JUANA. ¡Justo Dios! (Espantada.)

ANTONIO. ¡El rey!

DIEGO. Me consta:  
y á media noche irá á Pinto  
la Princesa con escolta.

ANTONIO. ¿Desterrada?

DIEGO. La condena  
á prision eterna y sorda,  
sin damas que la acompañen  
ni cuiden de su persona.

ANTONIO. ¡Que esto los cielos consientan!

DIEGO. No temais, Dios no abandona  
al inocente: Lanuza,  
que á todo por vos se arroja,  
que es vuestro amigo y mi amigo,  
y que mi pasion no ignora,  
con esta carta me envia

pruebas que por vos abogan.

ANTONIO. ¿Cómo las ha conseguido?

DIEGO. ¿Qué es lo que el oro no compra?

JUANA. ¡Ay, Perez! Leed al punto,  
que esta incertidumbre ahoga.

ANTONIO. (Leyendo.) «Dos cartas, Diego, os envío,  
»selladas van, sin demora  
»remitid la suya á Perez,  
»y á la Princesa la otra.»  
La de la Princesa falta.

DIEGO. Ya se la di en mano propia,  
no temais.

ANTONIO. (Con terror.) (¿Qué es lo que miro?  
¡El rey firma este diploma!)

JUANA. ¡Perez! ¿qué dice esa prueba?

DIEGO. ¿Qué esa agitacion denota?

ANTONIO. Prueba que salva y que mata,  
que en razon contradictoria,  
á la par que me defiende  
pone sellos á mi boca.

DIEGO. ¿Qué dice?

JUANA. Hablad.

ANTONIO. ¡Imposible!

JUANA. Hablad, Perez, por mi gloria;  
ved que llorando os lo ruega  
quien siente volverse loca! (Se arrodilla.)

ANTONIO. ¡Alzad!

JUANA. Rogadle, don Diego,  
¡por el amor de Gregoria!

DIEGO. Señor...

ANTONIO. Imposible digo,  
que nada en hablar se logra  
siendo este pliego candado  
que mis labios aprisiona.

JUANA. Pues nada valen los ruegos, (Alzándose.)  
los ruegos de vuestra esposa,  
por Dios que os pondré delante  
quien ese candado rompa.

ESCENA VI.

ANTONIO PEREZ, DIEGO.

DIEGO. ¿Conque nuestro esfuerzo es vano?

ANTONIO. Vano, Diego Vazquez, si,  
pues se vuelve contra mí  
la prueba que está en mi mano.

DIEGO. ¿Y nada se puede hacer?

ANTONIO. Nada: es inútil empresa.  
¿Si aun pudiera á la Princesa  
un solo momento ver!

(Asaltado de una idea.)

Tal vez su carta podrá  
abrirme mas fácil huella.

DIEGO. ¿Tal creéis? pues voy por ella,  
que cerca su casa está.

ANTONIO. ¡Oh!... ¿dónde vais? ¿estais ciego?

DIEGO. ¿Qué no hiciera yo por vos?

Dejad, que me inspira Dios,  
y á su proteccion me entrego.

Carta ó Princesa, vendrá,  
y si ella viene, encubierta

la haré entrar por esa puerta  
que salvacion os dará.

Y en todo caso, valor;  
huid y partid sin miedo,

que fuera con Mesa quedo  
para ayudaros mejor.

ANTONIO. Ved que vuestro padre...

DIEGO. Sé  
que debe llegar.

ANTONIO. Lo espero.

DIEGO. No temais, pues considero  
que antes que él venga, vendré.

ANTONIO. La fortuna vaya en pos  
de vuestro intento.

DIEGO. (Abrazándole.) ¡En Dios fiel!

ANTONIO. ¡Id, y amparadle, Dios mio!

DIEGO. ¡Tened confianza en Dios!

ESCENA VII.

ANTONIO PEREZ.

¡Alma generosa y buena!  
¡Que Dios proteja su obra!...  
—¿Mas qué me dice esta prueba  
que todo mi ser trastorna?  
¡La cédula de Juan Rubio!...  
¡Alferez el rey le nombra!...  
Si yo me negué y él firma,  
su firma aquí, ¿qué pregona?  
Que él fué quien mató á Escobedo,  
y á mí con saña traidora  
de pantalla de su crimen  
ante el mundo me coloca.  
¡Sabe que estoy inocente  
y me persigue y acosa!  
¿qué castiga en mí?... sus celos,  
que harta luz en esto arrojan  
su desvio á la Princesa  
y mi desventura propia.  
¿Mandó matar á Escobedo,  
quizá para hacer notoria  
la traicion que el vulgo necio  
propaló con saña torba?  
¡Tal vez!... ¿pero quién penetra  
de su intencion en las sombras?  
¡Oh! ¡mientras mas pienso en esto  
aun mas mi razon se embrolla!  
¡Vive Dios, que si consigo  
verme libre en Zaragoza,  
que he hacer con esta prueba  
que se conmueva la Europa!

ESCENA VIII.

ANTONIO PEREZ, JUANA, GREGORIA.

JUANA. Ven, hija, póstrate aquí,  
ruégale y Dios te bendiga;

- tal vez tu labio consiga  
lo que yo no conseguí.
- GREG. ¡Padre!...
- ANTONIO. ¡Hija mia!...
- JUANA. (Idem.) Señor...
- ANTONIO. ¡Hija!... ¡esposa!... tened calma,  
ved que me arrancais el alma  
con vuestro amargo dolor.  
Ved que aumenta mi flaqueza  
de vuestra afliccion el grito,  
y que al partir necesito  
de toda mi fortaleza.  
Venid, reposad las dos  
en mi pecho que os aguarda.
- LAS DOS. ¡Ah! (Abrazándole.)
- ANTONIO. ¡Quién sabe lo que guarda  
aun en su justicia Dios!
- JUANA. Pero esa prueba ..
- ANTONIO. Es de suerte,  
que siempre ocultarla debo;  
mi inocencia en ella llevo,  
mas tambien llevo mi muerte.
- JUANA. ¡Ay, Perez!... ¡cuánto se ceba  
en vos el cielo irritado!
- ANTONIO. No mucho; que aun me ha dejado  
la esperanza de otra prueba.
- JUANA. No esperéis mas, yo os lo ruego.  
¡Idos!...
- GREG. Idos, padre, si.
- ANTONIO. No, que aun puede ser aqui  
nuncio de dichas don Diego.
- HREG. ¡Él!... (Sorprendida.)
- ANTONIO. Por la entrada encubierta  
debe llegar.
- GREG. (Asustada.) ¡Cielo santo!...
- JUANA. Pero, señor... (Desesperada.)
- ANTONIO. (Á Gregoria.) Tú entre tanto  
está en la antesala alerta.
- JUANA. ¡Oh!... ¡confianza fatal!...
- GREG. ¡Ay, padre!...
- ANTONIO. Haced lo que os digo,  
y si llega don Rodrigo,

torna, Gregoria, en señal.  
GREG. Descuidad, padre. (Saliendo.)

### ESCENA IX.

DOÑA JUANA, ANTONIO PEREZ.

JUANA. ¡Ay, señor!

¿Por qué aplazar la partida?

¿No mirais que os va la vida?

ANTONIO. ¿Qué es la vida sin honor?

Ya que en esta lucha ruda  
lo miro todo deshecho,

no quiero que en vuestro pecho  
quede escondida la duda.

Que es justo sepais aqui,  
ya que nos separa Dios,  
que he sido digno de vos  
como vos lo sois de mí.

JUANA. ¡Ay, Perez!... ¡harto me pesa  
mi enojo desesperado!

ANTONIO. Callad, ¿no ois? (Escuchando.)

JUANA. (Mirando por donde debe llegar Diego.)

¡Dios sagrado!...

ANTONIO. ¡Él es!... (Satisfecho.)

JUANA. ¡Jesus!... ¡La Princesa!...

### ESCENA X.

DICHOS, la PRINCESA.

JUANA. ¡Señora!... ¿Aqui vos?

PRINC. Yo aqui.

JUANA. (¡Corazon, ahoga el latido  
de tu odio!) ¿A qué habeis venido?

ANTONIO. ¿Sabeis que hay peligro?

PRINC. (Gravemente.) Si.

Sé que cae sobre los dos  
la soberana venganza;

sé que no hay mas esperanza  
que la fuga para vos.

Sé que en el régio recinto

se decide nuestra suerte,  
que os espera á vos la muerte  
y á mí la torre de Pinto;  
que irremediable es la pena  
que nos persigue y abisma,  
porque la desgracia misma  
parece que nos condena.  
¿Qué mas se puede saber?

JUANA. ¿Y sabiendo lo que pasa (Con amargura.)  
habeis venido á esta casa?

PRINC. Vengo á cumplir un deber.  
Ya que implacables los cielos  
nos niegan favor y ayuda,  
vengo á arrancaros la aguda  
sospecha de vuestros celos.  
Pues rigor terrible fuera  
cuando el destino os separa,  
que entre vosotros alzara  
el recelo una barrera.

JUANA. ¡Ay de mí!

PRINC. En esta ocasion (Gravemente.)

solemne y agobiadora,  
como si hiciese, señora,  
mi postrera confesion;  
como si fuese á dar cuenta  
de mi vida á Dios potente,  
os digo que es inocente,  
y que os ama y no os afrenta.

ANTONIO. ¡Ah, señora!... (Con gratitud.)

JUANA. (Alterada.) ¿Me haceis daño!

PRINC. Ya que la suerte os apura,  
llorad vuestra desventura,  
mas no lloreis vuestro engaño.

JUANA. ¡Es tan hondo mi dolor!... (Vacilante.)

PRINC. Una prueba daros puedo.  
Dicen que murió Escobedo  
por causa de nuestro amor.  
Que Perez movió la mano  
del asesino...

JUANA. Es verdad. (Con pena.)

PRINC. Pues bien, señora, escuchad  
la explicacion de este arcano.

Con esta prueba me obligo  
á calmar vuestra zozobra.

JUANA. Léed! (Con inquietud.)

PRINC. (Mostrando una carta.) ¡Esa muerte es obra  
del infame don Rodrigo.

¡Suyo es este escrito! Oid,  
que es precioso el documento.

¡Ah! Por qué en este momento  
no está escuchando Madrid!

(Leyendo.) «Juan Rubio: se niega Perez,

»y es peligroso el enredo;

»mas despachad á Escobedo,

»y juro hacer os alferéz.

»No tengáis miedo á la ley,

»que á todas partes alcanza,

»que esta muerte no es venganza,

»sino justicia del rey.

»Llevad á cabo la empresa

»y que en el misterio quede,

»porque es asunto que puede

»hacer daño á la Princesa.

»Si con prudencia se acaba,

»conseguireis vuestro puesto;

»mas cuidado, no ocurra en esto

»lo que ocurrió con la esclava.

»Alientos teneis sobrados;

»ved lo que en ello se gana.

»Venid á verme mañana

»y os daré tres mil ducados.»

(Da la carta á doña Juana)

ANTONIO. ¡En su poder infinito,

Dios, en las sombras envuelto,

siempre deja un hilo suelto

para seguir al delito!

JUANA. ¡Perez!... ¡Princesa!... ¡qué horror!...

(Arrodillándose.)

PRINC. ¡Oh!... ¿qué haceis?

JUANA. Perdon os pido.

¿Cómo el cielo ha consentido

que dude de vuestro honor?

PRINC. ¡Oh! ¡no!... venid á mis brazos.

¿Quién habla de honor ahora?

- Desde este instante, señora,  
nos ligan sagrados lazos.
- JUANA. Y esta prueba... Puede ser (Animada.)  
que si hasta el trono se eleva,  
el rey...
- ANTONIO. ¡Callad! ¿Dónde hay prueba  
para quien no quiere ver?  
Nada logrará este escrito  
aunque mi inocencia diga,  
porque el rey en mí castiga  
mas sus celos que el delito.  
Siempre pensando en su afrenta  
desoye todo consejo:  
él es viejo, y como viejo  
de sospechas se alimenta.
- JUANA. ¿Es decir que vanas son  
las pruebas? (Desanimada.)
- ANTONIO. ¡No hay esperanza!  
Esa prueba es la venganza;  
pero no la salvacion!
- JUANA. ¡La venganza! ¡No en verdad!  
Mal decis. ¡Es el castigo!  
Que es justo que don Rodrigo  
pague tanta iniquidad.  
Venid, corramos las dos... (Á la Princesa.)
- ANTONIO. (Deteniéndola.) ¡Ay, Juana! ¿Habeis olvidado...
- PRINC. ¡Perdonar á ese malvado  
seria ofender á Dios!
- JUANA. Vamos, vamos, y que lllore  
su crimen...

## ESCENA XI.

DICHOS, DIEGO, que ha escuchado desde el umbral de la  
puerta izquierda la última parte de la escena.

DIEGO. (Con amargura.) ¡Antes matadme!

JUANA. ¡Oh!...

DIEGO. ¡Triste sino es el mio!

El cielo quiere que libre  
la deshonra ó la desdicha  
por donde quiera que pase.

ANTONIO. ¡Diego!... (Conmovido.)

DIEGO. ¡Ay de mí! Hora tras hora,  
con un afán incansable,  
con la fiebre del deseo  
tan tenaz como incesante,  
he estado, desde que el rey  
os dió la casa por cárcel,  
pruebas de vuestra inocencia  
buscando por todas partes.  
Y cuando el cielo permite  
que las descubra v las halle,  
quiere mi aciaga fortuna,  
por premio de mis afanes,  
darme con ellas la muerte,  
pues... ¿quién duda que es matarme  
si debo ser á la fuerza  
ó parricida ó infame?

ANTONIO. Calmaos, Diego.

DIEGO. ¡Imposible!  
¡Imposible es que me calme!  
que en la dura alternativa  
con que Dios quiere probarme,  
con vuestro cariño luchan  
mis sentimientos filiales.

JUANA. ¿Qué quereis decir? ¿Acaso (Con ardor.)  
pretendeis que sufra y calle,  
que la maldad no castigue  
ni la traición anonade?  
¿Y que teniendo en mis manos  
estas pruebas formidables,  
tenga piedad del verdugo,  
y no la tenga del mártir?

DIEGO. ¿Quién me dijera, señora,  
(Á la Princesa, con dolor.)  
que cuando á esta casa os traje  
fuese para mi desdicha?

PRINC. ¡Justo es que sus culpas pague! (Alterada.)

DIEGO. ¡Ay, es mi padre! (Con dolor.)

PRINC. ¡Si el cielo  
no puede ser que le ampare!

DIEGO. ¡Es mi padre!

JUANA. (Con emocion.) ¡Os ha engañado  
sin piedad!

- DIEGO. ¡Pero es mi padre!
- JUANA. ¡Su dolor me llega al alma!
- DIEGO. ¡Yo no puedo condenarle! (Llorando.)
- ANTONIO. Diego... tomad esas puebas.  
(Dándole la carta de la Princesa.)
- PRINC. ¡Oh! ¿Qué haceis?
- ANTONIO. (Conmovido.) Vuestros leales  
servicios me han despojado  
del derecho de vengarme.
- DIEGO. ¡Oh gracias! (Con profunda gratitud.)
- ANTONIO. Os las confío,  
que hiciera á mi nombre ultraje,  
si en contra de quien me muestra  
tanto amor las emplease.
- DIEGO. En depósito las guardo, (Con energia.)  
señor, y juro delante  
del cielo que nos escucha,  
derramar por vos mi sangre.  
Honor y vida os ofrezco:  
soy vuestro esclavo, mandadme.  
¡Yo redimiré la culpa  
de quien tanto mal os hace!
- JUANA. ¿Y mis hijos?
- ANTONIO. He cumplido  
con mi deber, y esto baste.  
Madre sois. Nunca los cielos  
tan duramente os maltraten,  
que en el riesgo vuestros hijos  
os abandonen cobardes.  
(¿Qué conseguis con vengaros,  
sino es posible que cambie  
mi destino?..)
- JUANA. (Enternecida.) ¡Nada os digo!
- PRINC. ¡Alma generosa y grande!
- DIEGO. ¡He rescatado su vida! (Resuelto.)  
¡Yo pagaré este rescate!
- PRINC. ¡Os admiro!... Mas no hay tiempo (Á Perez.)  
que perder. Ya nada valen  
los ruegos. ¡Partid al punto!
- DIEGO. Viendo, señor, que tardábais  
á buscaros he venido.
- ANTONIO. ¡Qué suerte tan miserable (Á la Princesa.)

nos toca!

PRINC. ¡Á vos el destierro!

ANTONIO. ¡Y á vos la prision!

JUANA. ¡Ob! Dadme

los brazos! ¡Os he ofendido

tanto! (Permanecen un momento abrazadas.)

PRINC. (Desprendiéndose.) Dejad que me marche.

¡Si aqui me viesen, seria

exponerme á nuevos males.

¡Adios, y que el cielo os guie!

ANTONIO. ¡Adios, y que el cielo os salve!

## ESCENA XII.

DICHOS, menos la PRINCESA.

DIEGO. Vamos, señor, que es preciso.

ANTONIO. ¡Me falta el valor! (vacilando.)

DIEGO. ¡Es fácil

que venga mi padre!

ANTONIO. ¡Vamos! (Con pena.)

JUANA. ¡Madre de Dios, amparadle!

(Con exaltacion.)

## ESCENA XIII.

DICHOS, GREGORIA por el fondo.

GREG. ¡Padre!... ¡Dios mio!...

(Reparando en D. Diego.)

¡Él aquí!...

ANTONIO. ¿Qué quieres? Habla.

GREG. (Mirando fijamente á Diego.) No puedo.

JUANA. ¿Estás temerosa?

GREG. Si.

La traicion me infunde miedo

y está muy cerca de mí.

DIEGO. ¡Y aun duda! (Con pena y reprimiéndose.)

¡Teneis razon!

Es justo que sufra y calle,

con triste resignacion,

hasta que en mi pecho estalle

- comprimido el corazon.  
Dios del cielo! Yo bendigo  
estas penas, si redimen  
á mi padre don Rodrigo;  
y aunque soy ajeno al crimen,  
caiga sobre mí el castigo.
- JUANA. ¡Hija!... (Queriendo tranquilizarla.)  
DIEGO. Nada me intimida.  
¡Nada! Si por el desierto  
solitario de mi vida,  
arrastro el cadáver yerto  
de mi esperanza perdida!  
¡Si ya no pueden volver  
mi fé, mi dicha, mi calma...  
¡heridme! Bien puede ser  
que el pesar avive un alma  
muerta ya para el placer.
- ANTONIO. ¡Basta! Sin razon condenas  
su generosa hidalguia;  
ni es justo aumentar las penas  
de quien por mí verteria  
la sangre que hay en sus venas.
- DIEGO. ¡Ah señor! .. (Con gratitud.)  
ANTONIO. Su honor le escuda.
- JUANA. Con firme resolucion  
nuestros proyectos ayuda.
- GREG. ¡Gracias!... ¡Llevaba esta duda  
clavada en mi corazon!  
Vos lo decis... ¿qué mas prueba  
puede haber? Al escucharos  
mi fé renace y se eleva.  
¡Ay! Aunque amaros no deba, (á Diego.)  
¡me era tan penoso odiaros!
- DIEGO. ¡Á un tiempo gozo y dolor  
me dais!...
- GREG. (Con afaa.) Quizá es el temor  
del mal que nos amenaza;  
mas creo oir en la plaza  
nuevo y creciente rumor,  
y vengo á daros aviso.
- ANTONIO. Nada temas...  
JUANA. ¡Oh, marchad!

¡No os detengais!...

DIEGO. (Antonio Perez vacila.) ¡Si es preciso!

ANTONIO. Yo acato, Señor, sumiso  
vuestra santa voluntad.

De aquel poder soberano  
que me enalteció, ¿qué queda?

Habéis abierto la mano  
y cual torrente que rueda

desde la montaña al llano,  
despeñado de la altura

tan bajo estoy, que yo mismo,  
lleno de horror y pavora,

no acierto á medir la oscura  
profundidad del abismo.

¡Ayer grande, ayer potente!  
¡Y hoy buscando tristemente,

con mi pensamiento en guerra,  
un pobre rincon de tierra

donde reclinar mi frente!...

¡Ay de mí! Poco ha sufrido,  
poco ha sufrido á mi ver,

el que sostiene atrevido,  
que *nunca quita el caer*

*la gloria de haber subido.*

Pues si como yo perdiera  
hijos, esposa y hogar,

y solo, en tierra extranjera,  
errante y sin rumbo fuera

como las olas del mar;  
si rotos todos los lazos

y hecho el corazón pedazos,  
le hiriese el duro recuerdo

de las caricias y abrazos  
que yo para siempre pierdo;

mas prudente y advertido  
dijera que en esta vida

siempre superior ha sido,  
al honor de haber subido

el pesar de la caída.

DIEGO. ¡Señor!...

Dejad que mi llanto  
riegue mi rostro y me venza,

- que hoy mi destierro comienza  
y no tengo, en duelo tanto,  
de mis lágrimas vergüenza.  
¿Qué he de hacer? ¿Si dejo aquí  
la mejor parte de mí?  
¿Si solo en mi compañía  
irá la aciaga y sombría  
memoria de lo que fui?
- JUANA. Valor, Antonio, valor!  
Mi desventura deploro;  
pero tranquila... (Reprimiendo sus lágrimas.)
- ANTONIO. (Abrazándola.) ¡Ay mi amor!
- JUANA. Ya veis, mi bien, que no lloro  
aunque me mata el dolor.  
¿Á qué sentir la perdida  
grandeza? Ya no hay quien pueda  
detener vuestra caída.  
¡Ay de mí! Ya es vuestra vida  
el solo bien que nos queda.
- ANTONIO. ¿Y esta es vida? ¿puede haber (Desesperado.)  
mas desventurada suerte  
ni mas hondo padecer?
- GREG. ¡Padre!... padre!... (Abrazándole y llorando.)
- ANTONIO. ¿Qué mas muerte  
que no volveros á ver?
- DIEGO. Ved que urge el tiempo...  
(Agitado y conmovido.)
- ANTONIO. Ya os sigo.  
¡Vamos!! No vengais conmigo,  
que el valor me faltará.  
¡Yo os abrazo, yo os bendigo,  
por última vez quizá!  
Desamparado del mundo  
¿qué soy? una sombra... ¡nada!  
En mi abandono profundo  
mi bendicion es sagrada,  
como la de un moribundo.
- GREG. (Deshecha en lágrimas.)  
¡Ay! ¿Cómo verle marchar  
con resignacion y calma!
- DIEGO. ¡Señor, que pueden llegar!...
- ANTONIO. ¡Si no me puedo apartar

- de estos pedazos del alma!
- JUANA. ¡Perez, sed digno de vos!  
Partid, que el riesgo os acosa.
- ANTONIO. Mi vida os dejo á las dos.  
¡Adios, hija!... Adios, esposa!...
- GREG. (De rodillas; desprendiéndose de sus brazos.)  
Padre!...
- ANTONIO. ¡Para siempre adios!  
(Sale apoyado en Diego, sollozando.)

#### ESCENA XIV.

DOÑA JUANA, GREGORIA.

- GREG. ¡Partió! Dios tenga piedad  
de nosotros!
- JUANA. ¡Llora, hija!
- GREG. ¡Que Dios sus pasos dirija  
y anime su soledad!
- JUANA. (Dando libre curso á sus lágrimas.)  
Hoy con mayor intension  
se renuevan mis heridas.  
¡Ay, lágrimas comprimidas,  
salid de mi corazon!  
Ya sin aumentar su pena  
puedo mostrar mi quebranto.  
Ya puedo dar rienda al llanto  
que me abrasa y envenena.  
Ya no necesito ahogar  
mi dolor hondo y sombrío.  
¡Ya puedo llorar, Dios mio!
- GREG. ¡Madre!... (Asustada.)
- JUANA. (Cayendo de rodillas.) ¡Ya puedo llorar!  
(Quedan un momento sumergidas en su desesperacion.)

#### ESCENA XV.

DICHAS, D. RODRIGO VAZQUEZ, por el fondo: se adelanta hácia el sitio en que estan Doña Juana y Gregoria lentamente y sin ser visto.

RODRIGO. Al cielo alzais vuestras preces

- y haceis muy bien, porque creo que las necesita el reo.
- JUANA. (Levantándose con inquietud.)  
¡No tanto como sus jueces!  
Por ellos á Dios invoca  
mi fé, que piadosa soy  
y humana...
- RODRIGO. (Hipócritamente.) Gracias os doy  
por la parte que me toca.  
Mi deber es la obediencia,  
y estoy tranquilo.
- JUANA. (Alterada.) ¿Esto mas?  
¿Quereis engañar quizá  
á vuestra misma conciencia?
- RODRIGO. Permittedme que os recuerde  
mi acrisolada honradez.
- JUANA. No sereis el primer juez (Con desprecio.)  
que la corrompe ó la pierde.
- RODRIGO. Os hallo poco propicia;  
pero el dolor os excusa.  
¿Qué desdichado no acusa  
de parcial á la justicia?  
¡Solo Dios sabe los ratos  
que Perez me hace pasar!
- JUANA. ¿Qué es esto? ¿Os vais á lavar  
las manos como Pilatos?
- RODRIGO. Hoy mismo el cielo me pone  
en un grave compromiso...
- JUANA. ¿Qué decis? (Inquieta.)
- RODRIGO. Me han dado aviso  
de que alguno se propone  
la fuga favorecer  
de Perez...
- GREG. (¡Madre, estoy muerta!)
- JUANA. (¡Calla!) (Reprimiéndose.)
- RODRIGO. Y es bien que os advierta  
lo difícil que ha de ser.
- JUANA. ¡Dios mio!
- RODRIGO. Si me dejara  
llevar de mi inclinacion,  
¿quién lo duda? Su evasion  
yo mismo facilitara.

- ¡Pero el deber es tan duro!
- GREG. (¡Siempre hipócrita y alevé!)
- RODRIGO. El, me obliga á que le lleve  
donde viva mas seguro.
- GREG. ¿Qué vais á hacer? (Asustada.)
- RODRIGO. No os asombre  
si á mi pesar...
- JUANA. (Con alegría.) (¡Nada sabe!  
¡Calma!)—¡No sé cómo cabe  
tanta maldad en un hombre!  
Es necesario ganar  
tiempo.)
- RODRIGO. ¡Por Dios, que estais fiera!
- JUANA. ¡Sois cruel! El cielo quiera  
que no tengais que llorar.  
¿Por qué mostrais tanto encono?  
¿Qué agravios os ha inferido?
- RODRIGO. ¿Agravios? ¡Grandes han sido!  
Pero yo se los perdono.  
(Con odio reconcentrado.)  
¡Cuántos años mi dolor  
he devorado en secreto,  
encadenado y sujeto  
á su genio emprendedor!  
¿Pensais que para un anciano  
no es una ofensa inaudita  
ver que un mancebo le quita  
la gracia del soberano?  
¿Ver que en prolongada lucha  
siempre el rey en el consejo,  
desoye la voz del viejo  
y la del jóven escucha?
- JUANA. ¡Oh! ¡callad! Vuestra perfidia  
comprendo. ¡Teneis razon!  
¡Señor, qué terribles son  
los estragos de la envidia!
- RODRIGO. ¡Agravió mi ancianidad!
- JUANA. ¡Oh!... todo se empequeñece  
en vos... ¡Hasta me parece  
ruin vuestra misma maldad!  
Duro os juzgaba y cruel.  
Mas ¡qué poco os conocia

cuando en vos hallar creia  
la grandeza de Luzbel!  
Mi error declaro y condeno.

RODRIGO. (Con rencorosa ira.)  
¡Mal quereis á vuestro esposo!

JUANA. ¡Sois el reptil venenoso  
que se revuelca entre el cieno!

RODRIGO. ¡Señora!... (Reprimiéndose.) Bien sabe Dios  
que perdono vuestro exceso.  
Yo vengo en busca del preso,  
y no á discutir con vos.  
¿Dónde está?

(Dirigiéndose hácia la puerta de la izquierda.)

JUANA. (Deteniéndole.) ¡Cielos! ¿Qué haré?)

GREG. (¡Ay!) (Temerosa.)

JUANA. Esperad un instante.

Vais á jurarme delante  
de Dios, que os oye y os ve,  
si está en peligro su vida.

RODRIGO. ¿Quién lo porvenir penetra?  
Puede ser, si alguien impetra  
con voz triste y dolorida,  
amparo y gracia del rey,  
que al fin su enojo se ablande.

JUANA. ¿Y vos?

RODRIGO. Yo haré lo que mande  
extrictamente la ley.

JUANA. ¡No conocéis la piedad!  
En vano á vos me dirijo.  
¡Si habeis sido con vuestro hijo  
pérfido y fiero!

GREG. (Agitada.) ¡Oh! .. ¡callad!...

RODRIGO. ¡Con mi hijo! Sin compasion  
(En su arranque de expansion involuntaria.)  
el odio vuestro me inmola.  
¡Si su cariño es la sola  
fibra de mi corazon!

¡Dios sabe si he trabajado  
para elevarle á la altura!

GREG. Con vuestra ambicion impura  
le habeis hecho desgraciado!  
¡Que mi amor era quizás

- la vida, el alma de Diego!
- RODRIGO. ¡El amor!... Eso es un juego de muchachos, nada mas.
- GREG. ¿No veis? (Á su madre con profunda afliccion.)
- RODRIGO. Si ha muerto su loca ilusion ¿qué se ha de hacer?  
¿No vale mas el poder supremo que alcanza y toca?  
Si el rey le llama al gobierno del Estado, ¿qué mas quiere?  
El amor se extingue y muere...
- GREG. ¡Ay, para mí será eterno!  
(Cae llorando en brazos de su madre.)
- RODRIGO. El tiempo las penas calma.  
Ya pensareis de otra suerte.
- GREG. ¡La muerte, solo la muerte cura los males del alma!
- JUANA. ¡Hija!... ¡Me inspirais horror! (Á D. Rodrigo.)
- RODRIGO. Perdonadme si os molesto.  
(Se adelanta hácia la puerta de la izquierda y doña Juana le cierra el paso, llena de angustia.)  
Ya sabrá Perez... ¿Qué es esto? (Sorprendido.)
- JUANA. ¡Atrás!... (¡Deme Dios valor!)
- RODRIGO. ¿Me negais el paso?
- JUANA. Si.
- RODRIGO. ¡Soy el juez!
- JUANA. ¡Sois mi enemigo!
- RODRIGO. ¡Lo manda el rey!
- JUANA. (Resuelta.) ¡Pues yo digo que no pasareis de aqui!
- RODRIGO. Podrá pesaros...
- JUANA. ¡Atrás!  
Desprecio vuestra amenaza.  
Las mujeres de mi raza no retroceden jamás.
- GREG. ¡Ay, madre!... ¡Tened clemencia!  
No paseis. ¡Os lo suplico! (Á D. Rodrigo.)
- RODRIGO. ¡Vive Dios que no me explico tan extraña resistencia!
- JUANA. (Con profunda inquietud.)  
(¡Si yo supiese!...)
- GREG. ¡Piedad,

Señor!...

JUANA. ¡Si su alma es de roca!  
No le ruegues...

RODRIGO. (Apartándola.) ¡Estais loca!  
Abridme paso.

### ESCENA XVI.

DICHOS, DIEGO, en el umbral de la puerta del fondo. Doña Juana le interroga con la vista, llena de zozobra. Señal afirmativa de D. Diego.

JUANA. (Repuesta y tranquila.) ¡Pasad!

RODRIGO. Marchando voy, ¡vive el cielo!  
hoy de sorpresa en sorpresa.

JUANA. (Con alegría.) Pero no busqueis la presa,  
porque ya ha tendido el vuelo!

RODRIGO. ¿Qué decis? (Alterado.)

JUANA. ¡Ya no le alcanza  
vuestra saña aterradora!

RODRIGO. (Fuera de sí.)  
¡Que se ha escapado!... ¡Señora!  
¿Y no temeis mi venganza?

GREG. ¡Ay, madre!

RODRIGO. ¡Será cruel!  
¡implacable, horrible, fiera!...

JUANA. ¿Y qué importa que yo muera  
si al cabo se salva él?

RODRIGO. ¡Salvarse! Inútil afán;  
moderad vuestra alegría.  
¡Aun es tiempo! Todavía  
mis gentes le alcanzarán.  
¡Hola!

(Al volverse para llamar ve á su hijo.)

DIEGO. (Adelantándose y con tono severo.)  
Cumplid con la ley.  
Llamadlos. ¡Eso deseo!  
Así sabrán que soy reo,  
reo de traicion al rey.

RODRIGO. ¡Qué dices, desventurado!

DIEGO. Haced que acudan veloces,  
para d eclarar á voces

que su fuga he preparado.  
Haced que esa turba impia  
corra tras él con presteza,  
asi caerá su cabeza  
juntamente con la mia.

JUANA. ¡Noble corazon!

DIEGO. (Con energia.) ¡Llamad!

RODRIGO. ¡Estoy soñando ó despierto!

DIEGO. ¡No os detengais!... ¡Si habeis muerto  
mi amor, mi felicidad!

RODRIGO. ¡Ingrato! Tratar me asi  
cuando el monarca te llama.

DIEGO. ¡Esa fortuna me infama  
y la rechazo! (Con resolucion.)

RODRIGO. (Espantado.) ¡Ay de mí!  
Yo quiero satisfacerte  
y haré cuanto tú me mandes.

DIEGO. Hoy mismo partiré á Flandes.

RODRIGO. (Cada vez mas confundido.)

¿Qué anhelas, hijo?

DIEGO. (Con triste resolucion.) ¡La muerte!

Yo perderé en la palestra  
mi existencia aborrecida.

¡Y quiera Dios que mi vida  
logre redimir la vuestra!

(D. Rodrigo cae abrumado, junto al bufete, cubriéndose el rostro con las manos.)

¡Adios, mi perdida gloria!

(À Gregoria, que solloza en brazos de su madre.)

De tí el crimen me arrebató.

GREG. ¡Madre, este golpe me mata!

DIEGO. ¡Nunca olvideis mi memoria!

(Con la mayor afliccion.)

JUANA. ¡Premie Dios tanta virtud!...

¡Hijo!... Adios. (Conmovida.)

(Diego besa la mano á doña Juana y se aleja mirando á su padre con reconcentrada ternura.)

RODRIGO. ¡Diego!... ¡Se va!

(Se levanta, llamándole con voz ahogada.)

¡Ay de mí! ¿Quién sostendrá  
mi cansada senectud? (Desfallecido.)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, menos DIEGO.

- JUANA. ¡Ved! ¡Esto es obra de vos!  
(Con amargura, señalando á su hija, deshecha en lágrimas.)  
¡Hija sin padre!...
- RODRIGO. (Turbado, cayendo de rodillas.) Os exijo  
compasion...
- JUANA. (Mirándole con lástima.) ¡Padre sin hijo!  
¡Santa justicia de Dios!

FIN DEL DRAMA.

---

*Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice  
Madrid 22 de Mayo de 1865.*

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

REGINA CLYMA

NOTAS: para el lector

Este libro es obra de una  
(Se han agregado algunos  
apuntes)  
Este es el primer  
libro de la serie. De esta  
compañía...  
Para... (América del Sur)  
Santa Cruz de la Sierra

EL DELIRIO

Examinado este libro, no he encontrado  
nada en que se merezca ser criticado  
Madrid 22 de Mayo de 1885  
El lector de la obra  
Yacno S. Soria

## ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
45	4	aperece	aparece.
45	8	su sentimiento que llena	un sentimiento que llena.
70	40	viendo, señor, que tardabais	viendo, señor, que era tarde.

INHALT

Seite	Titel
10	Einleitung
12	Die Entwicklung der Sprache
14	Die Entwicklung der Grammatik
16	Die Entwicklung der Wortbildung
18	Die Entwicklung der Aussprache
20	Die Entwicklung der Schrift
22	Die Entwicklung der Literatur
24	Die Entwicklung der Wissenschaften
26	Die Entwicklung der Kunst
28	Die Entwicklung der Philosophie
30	Die Entwicklung der Religion
32	Die Entwicklung der Politik
34	Die Entwicklung der Wirtschaft
36	Die Entwicklung der Gesellschaft
38	Die Entwicklung der Kultur
40	Die Entwicklung der Menschheit

## ERRATAS.

---

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
45	4	aperece	aparece.
45	8	su sentimiento que llena	un sentimiento que llena.
70	40	viendo, señor, que tardabais	viendo, señor, que era tarde.

INHALT

Seite	Thema
1	Einleitung
2	Die Entwicklung der Pflanzenwelt
3	Die Entwicklung der Tierwelt
4	Die Entwicklung der Menschheit

Marta y María.  
Madrid en 1818.  
Madrid á vista de pájaro  
Miel sobre hojuelas.  
Mártires de Polonia.  
¡¡María!! ó la Emparedada.

Negro y Blanco.  
ninguno se entiende, ó un hom-  
bre tímido.  
bleza contra nobleza.  
es todo oro lo que reluce.

limpia.  
propósito de enmienda.  
Pescar á río revuelto.  
Por ella y por él.  
Para heridas las de honor, ó el  
desagravio del Cid.  
Por la puerta del jardín.  
Poderoso caballero es D. Dinero.  
Pecados veniales.  
Premio y castigo, ó la conquista  
de Ronda.

¡Que convidó al Coronel!..  
Quien mucho abarca.  
¡Qué suerte la mía!  
¡Quién es el autor?

¡Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo.

Su imagen.  
Se salvó el honor.  
Santo y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid*).  
Sueños de amor y ambición.  
Sin prueba plena.  
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.  
Traidor, inconfeso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuración femenina.  
Un dómine como hay pocos.  
Un pollito en calzas prietas.  
Un huésped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco

Uno de tantos.  
Un marido en suerte.  
Una lección reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocación.  
Un retrato á quemarropa.  
¡Un Tiblerio!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitalicia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una lección de corte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un sí y un no.  
Una lágrima y un beso.  
Una lección de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.  
¡Un recíproco!  
Un marido cogido por los cabe-  
llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la  
Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.  
Armas de buena ley.  
A cual mas teo.

Claveyina la Gitana.  
Cupido y Marte.  
Ceño y Flora.

D. Sisenando.  
Doña Mariquita.  
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-  
veedor.

El Bachiller.  
El doctrino.  
El ensayo de una ópera.  
El caletero y la maja.  
El perro del hortelano.  
En Centa y en Marruecos.  
El león en la ratonera.  
El último mono.  
Enredos de carnaval.  
El delirio (drama lírico.)  
El Postillon de la Rioja (*Música*)  
El Vizconde de Letorieres,

El mundo á escape.  
El capitán español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.  
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música*)  
Jacinto.

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música*)  
Los dos flamantes.  
La modista.  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La roca negra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la corte.  
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones  
de Edimburgo.  
La Jardinera (*Música*)  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Humeros.  
La Pastora de la Alcarria.  
Los herederos.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música*)

Nadie se muere hasta que Dios  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
Por sorpresa.  
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo.

# PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena .....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almeria.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrión
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo..	Tejada.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Ósorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérída.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.